

MORUENA ESTRÍNGANA

# MI ERROR FUE

*Enamorarme  
del novio  
de mi hermana*

4

Parte 2

**Click**  
EDICIONES

# Índice

[Dedicatoria](#)

[MI ERROR FUE ENAMORARME  
DEL NOVIO DE MI HERMANA  
PARTE II](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.  
Gracias por estar conmigo en cada libro  
y por vuestro cariño y apoyo constante.  
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

**MI ERROR  
FUE ENAMORARME  
DEL NOVIO DE MI HERMANA  
PARTE II**

## CAPÍTULO 7



### JENNA

Termino de pintar el cuadro con el que llevo varios días y lo miro torciendo el morro. Miro una vez más la foto que hice al paisaje que descubrimos Matt y yo en nuestro último viaje, pero no estoy del todo convencida con el resultado. ¿Le falta algo? Lo dejo para que se seque y voy a limpiarme las manos.

Me he pasado todo el fin de semana encerrada en mi estudio, son cerca de las doce de la noche del domingo y no he hecho nada interesante, pero sé que si estoy aquí «escondida» es porque solo mientras pinto puedo dejar de pensar en lo que me angustia. Me pierdo en mis cuadros. No hacerlo supone pensar en Robert y en lo que pasó el otro día; es recordar una y otra vez su cara de asombro cuando le dije que estaba enamorada de él. Aún no me puedo creer que se lo dijera, que le confesara algo así. Fui una tonta, pero la idea de perderles a los dos me puso muy triste, y además era lo que tenía que hacer, pues cada día de esta semana me he sentido como si ya no fuera necesaria en su casa. Me he sentido desplazada, llevo toda mi vida sintiendo eso y no quería que me pasara con ellos. Prefería irme a acabar peor. No esperaba que Robert dudara de mi decisión y fue esa duda lo que me derrumbó y me permitió hacerme fuerte y conformarme. Cuando este sentimiento nació en mí, no esperaba que él me correspondiera, no tiene la culpa de que yo me enamorara de él, pero perder su amistad me dolería mucho.

Mientras me limpio las manos y la cara escucho sonar el móvil. Voy hacia él y veo que es Matt, una vez más. Pienso en cogérselo porque lo echo mucho de menos, pero no me apetece que me recuerde el bochorno del último día que nos vimos. Ahora sé que nunca sentí nada por él, que solo lo quiero como amigo, pues aquello no se puede comparar con lo que una sola mirada de Robert me hace sentir. Sé que estoy siendo una inmadura al no cogerle el teléfono ni responder sus mensajes, pero no quiero ser consciente de que todo ha cambiado entre nosotros. Prefiero quedarme con el recuerdo de lo que vivimos. Bueno, eso, y que me avergüenzo de lo que hice. Aquella noche había probado por primera vez el alcohol y, cuando le dije a Matt que tal vez lo quería, él sonrió y me dijo que claro que lo quería, como amigos que éramos. Sin embargo yo insistí, le dije que creía que era algo más y que por qué no me besaba para saberlo. Él, que sabía que era mi primer beso, me dio uno en la frente, como había hecho muchas veces, y me preguntó si estaba segura. Yo entre risas le respondí que sí, pero cuando me besó no sentí nada, salvo una tremenda vergüenza. Y salí corriendo. Fui una cobarde y eso me mortifica. Porque he dado por sentado que estropeé nuestra amistad y que se alejaría de mí, pero me da miedo confirmar que eso es lo que ha pasado realmente: que le he perdido como amigo, igual que perdí a Bianca. Porque ellos dos han sido los únicos que siempre me han entendido.

Y ahora he conocido a Robert. Él no se molesta por mis bocetos y se ríe con mis disparatados comentarios..., aunque eso también me pasa con sus amigos. A veces pienso que son un grupo muy extraño, pero me caen bien. El otro día Laia se pasó toda la mañana conmigo y con Nora y no sentí mi habitual vergüenza ni mi miedo a estropearlo todo por decir algo inoportuno, no como me pasa con los amigos de mis padres. Desde niña he hecho siempre algo que ha causado risas y mi consecuente bochorno en las fiestas. Eso no me ocurre ahora, y me gusta. Si para no perder esto tengo que ver a Robert con mi hermana, lo haré, pues la idea de no volver a verlo se me hace aún más insoportable.

\* \* \*

Aparco la moto al lado del coche de Robert. Cuando me abre la puerta de su casa, se me pasa la vergüenza al ver signos de cansancio bajo sus preciosos ojos.

—¿Ha pasado algo con Nora?

—No ha pasado buena noche.

Entro y dejo mi mochila.

—¿Has tomado café?

Robert me sonrío y yo hago lo mismo.

—Sí, mamá.

—No puedo evitar preocuparme por la gente que me importa.

—Me alegra importarte. Y tranquila, me he tomado un café doble. Te he dejado leche preparada y tostadas. Tú no tienes mejor cara que yo.

—Tenía que terminar un cuadro y se me resistía.

—¿Qué tal ha quedado?

Saco el móvil de mi cartera y se lo enseño, cosa que no suelo hacer, pero deseando saber su opinión.

Se queda callado cuando le muestro la foto del lienzo y alzo la mano para coger el móvil, pero Robert me toma la mano, impidiéndome que se lo quite.

—Es precioso. Eres una artista. Deberías enseñar tus cuadros al mundo entero.

—No te burles de mí.

—No me burlo de ti. Nunca lo haría. —Me mira sonriente y me sonrojo.

—¿De verdad te gusta? Es un paisaje que descubrimos Matt y yo. Acabé haciéndole mil fotos y luego nos bañamos en las frías aguas del lago que teníamos ante nuestros ojos. —Me río al recordar las palabrotas de Matt cuando le dije que el agua estaba buenísima y él se tiró de cabeza para emerger cabreado por mi mentira.

—¿Por qué te ríes?

—Engañé a Matt. Le dije que el agua estaba buena, pero estaba fría como el hielo.

—Pobre Matt.

—Luego me la devolvió. —Me acuerdo de su broma y sonrío, aunque con menos

ganas.

—Sois muy amigos.

—Sí... —Le cojo el móvil y lo guardo—. Algún día tendré valor para hablarle y ver en lo que ha quedado nuestra amistad después de... lo que te dije que hice.

—Debes de quererlo mucho.

—Sí, pero lo estropeé.

—No creo que lo estropearas, Jenna. A veces pasa, crees querer a alguien y luego te das cuenta de que solo es amistad.

—No vayas por ahí, sé lo que siento por ti y, aunque también valoro tu amistad, no tiene nada que ver con lo que sentía por él. A Matt le conozco desde que éramos pequeños, era mi mejor amigo, pero cada vez que se iba de viaje sabía que tardaríamos mucho en vernos, y me asustaba la idea de estar separada de mi amigo. Por eso creí que sentía algo por él. Se me ocurrió que, si éramos algo más, tal vez su odioso padre me permitiría estar cerca de él. Pero equivoqué mis sentimientos y temo haberle hecho daño si él sí sentía algo por mí. Fui una egoísta. Él no se merece a una amiga como yo.

—Jenna, no eres egoísta. Tenías miedo de verte sola y lo confundiste todo. Deberías hablar con él.

—Algún día.

—¿Y cómo estás tan segura de que...?

Tomo la mano de Robert y la pongo cerca de mi corazón.

—¿Lo escuchas latir como un loco? Con Matt nunca latió así. Con Matt no sentí esto. Pero tranquilo, sé cuál es mi sitio.

Suelto su mano, pero esta se queda en el lugar donde la he puesto, sobre mi pecho, y me acaricia con cariño.

—No me merezco esto, Jenna. Soy mucho mayor que tú...

Lo miro extrañada, y más porque lo ha dicho en un susurro, como si hablara consigo mismo.

—Hablas como si fueras un viejo, y me cansa que me trates como a una niña.

—Es así como me siento desde que tengo a Nora a mi cargo. Lo siento si te molesta, no es mi intención.

—No pasa nada, pero si piensas eso, supongo que ves en Ainara la madre perfecta para Nora —comento con evidente ironía.

Robert, al escuchar el nombre de mi hermana, aparta la mano y da un paso hacia atrás.

—Sí... Nos vemos luego.

Se va y me siento en la silla más cercana. ¡¡Otra vez he cometido una estupidez!! ¿A qué venía lo de ponerle su mano en mi corazón? ¿No me he ridiculizado ya bastante?!

Soy patética. Es lo que me pasa cuando cojo confianza con la gente, que tiendo a decir lo que siento porque odio las mentiras, los secretos..., pero es hora de que aprenda a callar y dejar de hacer estupideces.

Paso un día tranquilo con Nora y, cuando Robert llega del trabajo, noto que está cansado.

—Te he dejado la comida preparada en la mesa.

—¿Y tú?

—Yo comeré algo en mi estudio.

—No pienso dejarte marchar hasta...

—Prefiero irme. —Me sonrojo.

—Jenna. ¿No crees que ha llegado el momento de dejar de hacer el tonto?

—No lo sabes tú bien...

—No lo digo por... —Robert se pasa la mano por el pelo y accedo a quedarme.

—De perdidos al río. —Me río, y pongo otro plato en la mesa. Robert saca el agua y un vaso para mí.

—¿Qué tal el trabajo?

Robert me mira tras servir el agua.

—Mal. Ahora tengo que seguir trabajando un poco aquí en casa, y más tarde vendrá Albert para terminar unas cosas.

—Si quieres me quedo y te ayudo con la pequeña.

Robert me pasa el pan.

—Me vas a arruinar —comenta sonriendo.

—No pienso cobrarte. —Le saco la lengua y Robert me cuenta cosas sobre el proyecto de Albert.

—Mi padre me lo comentó. Sé un poco de qué va el tema.

Robert sonrío. Mientras comemos, hablamos de lo que les falta por hacer y los frutos que esperan que dé en la empresa. Me quedo mirándolo embobada, pero no puedo evitarlo: su entusiasmo es contagioso.

—Entiendo por qué mi padre te ha dado el cargo que tienes.

—¿Por? —pregunta intrigado.

—Te gusta lo que haces, y a él también.

Robert sonrío. Cuando terminamos, recojo las cosas y Robert friega los platos.

—Voy a cambiarme y dormir un poco antes de que Nora se despierte.

—Yo me voy a pintar. —Guardo mis cosas, suponiendo que mi idea de quedarme ha sido rechazada, y voy hacia la puerta—. Nos vemos mañana.

—Jenna... —Me giro—. No me importa que te quedes aquí. Es más, te lo agradecería, pero no quiero abusar de ti. ¿Lo comprendes?

—Sí, por supuesto.

—Jenna... —dice cuando me giro de nuevo para irme, pues sabe que no he sido sincera.

—Empieza a ser molesto que me conozcas tan bien —le digo entre dientes. Robert se ríe y me vuelvo aún con el morro torcido, pero no tardo en cambiar mi expresión por una sonrisa.

—Este viernes es mi cumpleaños y he pensado celebrar una fiesta en casa para mis amigos. Me gustaría que vinieras, pero como amiga.

—Claro, te sale más barato invitarme como amiga... —Robert se ríe y yo con él—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, duendecillo.

Lo miro asombrada y me doy la vuelta antes de que vea cómo me ha impactado el apodo que ha usado. Es el mismo que utiliza mi padre. A lo mejor Albert se lo ha dicho... Es posible.

## ROBERT

Observo a Nora dormir y miro el reloj. Son casi las siete de la mañana; dentro de poco me tengo que ir trabajar. La idea de volverme a la cama queda descartada, así que opto por darme una ducha y tomarme un café. Otra noche que la pequeña se ha removido en sueños por sus pesadillas. He tratado de abrazarla, de mimarla, de calmarla, pero seguía llorando. ¿Qué la atormenta? Me duele verla así.

A las ocho de la mañana, Jenna toca a la puerta con los nudillos. La abro esperando que no note las muestras de cansancio en mi cara, pero nada más entrar me mira y sé que se ha dado cuenta. Me asombra la capacidad que tiene para percibir lo que me pasa, y a mí con ella me ocurre lo mismo: enseguida sé cuándo algo le molesta. No sabía que se podía conocer tan bien a una persona en tan poco tiempo y me parece increíble. Más aún, no deja de ser mosqueante.

—No has dormido, pero tengo la solución. Y por si me lo preguntas, estoy de oferta y te saldrá gratis.

Jenna deja su mochila, algo más abultada de lo habitual, sobre el sofá.

—¿Y cuál es esa solución? ¿Darle un somnífero a Nora? —bromeo.

—No. Me quedo esta noche aquí y, como tengo el sueño muy ligero, me levanto y te ayudo con la pequeña.

—No...

—¿Te molesto?

—No sigas por ahí.

—¿Entonces? También lo hago por el bien de la empresa de mi padre. Si no cumples en tu trabajo...

—Mentirosa.

—Vale. No puedes seguir así y yo no tengo nada mejor que hacer.

—Salvo pintar.

—Sí, y estudiar, pero puedo repasar también aquí. No me sale bien últimamente lo que pinto...

—Estás mintiendo.

—No...

—Se te nota en la cara, Jenna. Y no, Nora es mi problema y no puedo permitir que te tomes tantas molestias.

—Para eso están los amigos, y yo, cuando tengo un amigo, lo doy todo por él. A menos que cometa una estupidez y salga corriendo en mitad de la noche... —Agranda los ojos y sonrío por su desvarío, por cómo cambia de un tema a otro—. Como hice con Matt.

—Me lo imaginé.

Ya empieza a cansarme ese nombre; siempre habla de él. Tal vez sea su novio de verdad... ¿Qué estoy diciendo?

—Robert, sabes que lo que te propongo es una buena opción.

—Ya no sé ni lo que quiero, llevo casi tres días sin dormir.

—Razón de más. Te dejo que tú pidas las pizzas.

—Chantajista.

Jenna sonrío, pero su sonrisa le dura poco, se sonroja y me mira dudosa.

—¿Te molesta que me quede a dormir? Quiero decir... no creo que si a mí se me declarase alguien, me gustaría que...

—Si a ti no te molesta, a mí tampoco. Jenna, no me molesta tu presencia, así que quítate eso de la cabeza de una vez.

—Odio molestar.

Su confesión me pilla desprevenido, sobre todo porque ha entrado como un huracán, decidida a hacer lo que ella disponía por el bien de mi salud.

—No molestas.

—Si alguna vez te molesto...

—... Te lo diré.

Sonríe y se va a la cocina. Ya tengo preparado su desayuno, se ha convertido en una rutina.

—Me voy, Jenna.

—Nos vemos luego. No tengas prisa por volver, la peque y yo estaremos bien.

Estoy convencido de que será así. Confío en todos mis amigos, sé que quieren a Nora y la cuidan, pero cuando está con Jenna, siento que Nora no podría estar en mejores manos.

Me voy sonriente por la actitud de Jenna, y agradecido. Dudo que solo haga esto por lo que dice sentir por mí; en el fondo, me cuesta creer que de verdad lo sienta. Más bien pienso que le está pasando conmigo como le pasó con Matt. Es la única razón posible, yo no he hecho nada para despertar en ella esos sentimientos tan puros por mí. «Eso es lo que tú quieres creerte...» Rujo para mí cuando mi conciencia me agujonea y la acallo una vez más.

\* \* \*

Cuando llego casa a las cinco de la tarde, Jenna está en el sofá dibujando y Nora jugando tranquilamente con sus juguetes en el parque. Ambas me miran y me sonríen, y de pronto siento como si lo tuviera todo en el mundo en este momento. Me quedo aturdido por mis pensamientos y me acerco a ellas tratando de arrinconarlos en mi mente.

—Ya estoy aquí. —Nora se levanta en el parque y alza los bracitos hacia mí. La cojo y le doy un sonoro beso, haciendo que la pequeña se ría—. ¿Cómo se ha portado?

—Muy bien, como siempre.

Jenna se levanta y saca las llaves de su moto de la mochila.

—¿Ya te has arrepentido?

—No, pero tengo que ir a comprar unas pinturas antes de que cierren la tienda. No tardo. ¿Necesitas algo?

—¿Dónde compras las pinturas?

Pienso en dónde puede haber en este pueblo un taller de pinturas y no recuerdo ninguno. Cuando Jenna me comenta dónde va, niego con la cabeza.

—Eso está a más de cuarenta y cinco minutos de aquí.

—¡Qué va! En moto tardo menos.

—Ya que esta noche tú me haces un favor a mí, yo te hago ahora otro: te llevo a por las pinturas. —Jenna abre la boca para protestar, pero no la dejo hablar—: No pienso cambiar de parecer. Me cambio y bajo.

—Bueno, está bien —refunfuña Jenna antes de cogerme a Nora de los brazos—. Voy a cambiarla. Y a preparar la bolsa con lo que pueda necesitar.

Tardamos casi una hora en salir hacia el centro comercial para comprar sus pinturas. En cuanto el coche se pone en marcha, Nora no tarda en dormirse y Jenna se relaja en el asiento a mi lado.

En cuanto se despierta la pequeña, pide que le hagamos caso. Cuando aparcamos y la ponemos en su carrito, Nora sonríe a las diferentes personas que pasan por su lado, que se paran a mirarla y le hacen carantoñas, encandilados por la simpatía de la pequeña. Ya en el centro comercial, Jenna me dice dónde está la tienda de pinturas y nos dirigimos hacia allí.

Sigo a Jenna de cerca mientras las elije. La observo mirar el precio de un caballete, pero tras hacer una mueca, lo deja donde estaba y va hacia los pinceles. Me comenta que va a aprovechar que llevo el coche para coger unos lienzos, y coge varios. Cuando llegamos a la caja, la cajera le sonríe y la saluda con afecto; salta a la vista que es una cliente habitual.

—¿Ya has gastado las de la semana pasada? —Jenna asiente con la cabeza retraída—. Hoy has venido bien acompañada, qué niña más bonita. ¿Qué son?, ¿tus hermanos?

Jenna alza la cabeza un segundo, pero antes de que aparte la mirada de la señora y vuelva a centrarse en sus pinturas, veo como sus ojos verdes se tiñen de dolor.

—Es el novio de mi hermana, y la niña es su hermana.

Jenna paga y, mientras salimos, me da la impresión de que ha empequeñecido: lleva los hombros caídos y no mira a su alrededor.

—Jenna...

Me mira, pero no s  qué decirle. S  por qué se ha puesto así. Porque la mujer ha dado voz a mis pensamientos: que Jenna parece mucho más joven que yo. Pero no tengo palabras para reconfortarla, pues soy el primero que ve nuestra diferencia de edad como algo malo. Alguna vez me he preguntado si las cosas no serían diferentes si Jenna tuviera la edad de Ainara, veintitrés años. Pero no los tiene.

—Tengo hambre. Ahora vengo. —Jenna da un beso a Nora y se va hacia un puesto de gofres. Dejo que vaya y me quedo con Nora algo rezagado. Ella necesita distanciamiento y yo..., yo no s  lo que necesito. Me niego a querer sentir nada por Jenna, quiero convencerme de que no es más que simpatía, pero no paro de pensar en ella, de anhelar su presencia.

Estoy port ndome como un imbécil. Ni siquiera he dicho que me guste..., todo debe seguir como estaba...

Cuando Jenna regresa con su gofre y me ofrece, no puedo evitar mirar sus labios manchados de chocolate y aprieto los puños para no acercarme y besarla.

—No —le digo con brusquedad.

Jenna se da cuenta pero no dice nada. ¿Y qué va a decir? Todo esto es por mi culpa, por no saber cuál es mi sitio. Soy el novio de su hermana y, hasta que Jenna apareció, todo me iba muy bien, ¿no? Además, no se puede añorar lo que no se ha conocido. Esta frase acude a mi mente, como para rescatarme de mis dudas, y decido aferrarme a ella con todas mis fuerzas.

## JENNA

Llegamos a donde est  mi estudio. Aunque ha comentado que le gustaría ver mis cuadros, le pido a Robert que me espere en el coche; ahora mismo necesito estar sola. Entro y dejo los lienzos donde tengo los otros y las pinturas en su sitio. Me miro en el espejo y pienso en las palabras de la cajera. S  por qué ha creído que era mi hermano: parezco mucho más joven que Robert. Aunque él tenga solo veinticuatro años, yo no aparento que tenga casi veinte. He escuchado esa cantinela desde niña. Mi madre y mi

hermana siempre se quejan de lo poco que cuido mi aspecto, de que mi ropa divertida y mis coletas me hacen parecer una adolescente. ¿Lo pareceré también a los ojos de Robert? Él no me trata como una niña, me escucha y acepta mis consejos como si fuera adulta, pero la duda se ha instalado en mí. Quiero creer que él me acepta como soy, que no ve en mí solo mi imagen exterior, sino lo que soy... Pero ya no lo tengo tan claro.

Me suelto el pelo y me miro al espejo. El hecho de que lleve siempre dos coletas es porque para pintar me molesta el pelo en la cara, y hacerme una sola coleta no me sale muy bien. Me miro al espejo con el pelo suelto, tratando de verme más madura, más mujer, pero sigo siendo yo. Un peinado no me cambia pero, a pesar de ello, bajo del estudio con el pelo suelto. Si nunca me he preocupado por mi aspecto es porque hasta ahora no he tenido motivo para querer estar guapa para nadie; para mí siempre han tenido prioridad otras cosas, no pasarme horas en mi cuarto como mi hermana, arreglándose.

—A mí me gustan tus coletas —comenta Robert cuando me ve entrar en el coche con el pelo suelto.

—Son de niña pequeña. —Me gusta que empiece a conocerme, pero en algunos momentos, como ahora, me resulta molesto.

—Jenna, debes ser tú misma, digan lo que digan los demás y piensen lo que piensen. Si sigues siendo tú misma pese a que la gente te quiera hacer cambiar, es porque eres mucho más fuerte que ellos. Y si decides cambiar, que sea porque tú quieres, no porque otros esperan que lo hagas.

—Gracias.

—De nada.

Me echo hacia atrás en el respaldo del coche y miro la noche.

—Preferiría que en vez de darme las gracias, sonrieras.

Lo hago y Robert se ríe.

—Qué fácil es hacerte reír... Nunca he conocido a nadie que se ría tanto como tú, salvo Laia. Sois las dos personas más risueñas que conozco.

—Nora también.

Robert se ríe y asiente. Cuando llegamos a su casa estoy más tranquila. Tal vez no era lo que esperaba escuchar de Robert, él no puede sentir lo mismo que yo, pero sus palabras me han aliviado.

—Yo preparo la cena mientras tú cambias a Nora —le digo.

Voy a la cocina para ver qué hay en la nevera. Cuando lo decido, Robert ya ha bajado con Nora cambiada y con hambre. Mientras le da su potito, yo sigo preparando la cena.

—¿Te gustan los *bocapizzas*?

—Como de todo... lo que me gusta. —Y se ríe.

Hablamos de todo un poco mientras cena la pequeña. Nora está casi terminando cuando se escucha el timbre de la puerta.

—Qué raro, no espero a nadie.

—Tus amigos vienen muchas veces sin avisar —le recuerdo.

—Cierto.

Robert va a abrir la puerta. Miro por encima de la cabeza de Nora a ver quién es, y en cuanto lo averiguo, me pongo seria y me centro en la pequeña: me siento incapaz de mirar a mi hermana, y más sabiendo lo que va a venir a continuación. No me apetece ver cómo se dan un beso de bienvenida.

—Esta noche hay una fiesta... Hola, Jenna —saluda mi hermana al reparar en mí.

—Hola.

La ignoro, como siempre. Desde niñas, este es el triste trato que tenemos.

—Pues como te decía, hay una fiesta. No te iba a decir nada porque sabía que no querrías dejar a la niña con Albert y Bianca otra vez, pero cuando mi padre me comentó que Jenna pasaría la noche aquí para ayudarte con ella, no he podido evitar venir a pedirte que vengas conmigo a la fiesta —explica Ainara, que va perfectamente arreglada para la ocasión con un elegante vestido plateado.

—Gracias por la invitación, pero esta noche me quedo en casa.

—Robert, ahora somos novios formales y, al igual que yo entiendo que tienes a Nora, tú sabías antes de ir el otro día a mi casa qué clase de vida social llevo yo.

Miro a mi hermana, sin creermelo que ha dicho. ¡Su vida social no es comparable en absoluto con tener un bebé a tu cuidado!

—Ainara, sabía muy bien quién eras y en qué círculos te mueves, pero tienes que comprender que yo tengo una responsabilidad con Nora.

—¡Estoy cansada de ir siempre sola, y últimamente casi no pasamos ningún tiempo juntos! ¿Acaso todo ha cambiado entre nosotros?

Mi hermana pone morros y Robert se pasa la mano por el pelo, cansado.

—No, pero...

—Pues sí, tienes una hermana pequeña, pero también una novia, y no me gusta ir siempre a esas fiestas sin ti.

«Nadie te obliga a que vayas a esas fiestas», pienso para mí.

—Yo me quedo con Nora, no me molesta. Idos a la fiesta. Es importante para mi hermana aparentar ante sus amigos que es feliz con su novio.

Lo digo con ironía y Robert se da cuenta, pero Ainara me sonrío sintiendo que se ha salido con la suya.

—No...

—Me lo debes. Y a ella no le importa.

Robert murmura «Me importa a mí», pero mi hermana se hace la tonta y se va al salón.

—Vamos, ve a cambiarte, yo te espero aquí en el salón.

Robert me mira y asiente. Noto su duda y su desconcierto por la actitud de mi hermana, pero, como ella ha dicho, él sabía quién era antes de ir a mi casa el otro día, y si está con ella, es porque acepta llevar esa clase de vida, supongo.

Termino de dar de cenar a Nora, recojo la cocina, apago el horno, pues la cena ya está hecha, y me dispongo a subir para acostar a Nora. Ainara sigue sentada en el sofá, no se ha acercado ni un momento a ver a la niña. ¿Acaso eso es lo que le gusta a Robert?

—Es igual que Robert —comenta mi hermana.

—Sí, idénticos.

Subo las escaleras y, al entrar en el dormitorio de Nora, escucho la ducha en el cuarto de baño. Preparo las cosas para bañar a Nora y, cuando termino de secarla y de vestirla, la echo para que duerma. Ya se le estaban cerrando los ojitos de sueño, así que, al dejarla en su cunita, no tarda en dormirse.

Me giro para salir y descubro a Robert en la puerta mirándome. Salgo y cierro la puerta.

—Me sabe mal irme y dejarte sola con ella.

—Pero si no lo haces, te sentirás peor. Es tu pareja.

—Sí, supongo. ¿De verdad estarás bien?

—Sí, no es la primera vez que lo hago.

—Guarda mi parte de la cena; me la llevaré mañana para almorzar.

Asiento y me dirijo a las escaleras, pero Robert me detiene.

—¿Cuál me queda mejor? —comenta mostrándome dos corbatas.

—La verde.

Minutos después, cuando Robert me dice lo siento antes de irse, le sonrío. No entiendo por qué está tan afligido. Debería estar contento de poder pasar una noche con mi hermana; ella es su novia y yo, su amiga. Sin embargo, aunque le haya dicho que no pasa nada, ya me había hecho ilusiones de pasar la noche a su lado, viendo la tele, charlando... Por desgracia, la realidad ha vuelto en forma de mi hermana, para recordarme cuál es mi sitio. Es mejor que no lo olvide.

Al poco de acostarme, Nora se despierta llorando y me levanto para calmarla. Poco a poco lo consigo, pero no tarda en despertarse otra vez, agitada por las pesadillas. Al final me siento en una mecedora cerca de su cuna y le cojo la manita, para que se duerma tranquila sintiendo la seguridad de mi presencia. Pasado un rato por fin se queda dormida, y yo también.

## ROBERT

Cuando consigo sacar a Ainara de la fiesta son más de las tres de la mañana. Estoy agotado y no he dejado de pensar en Nora y sus pesadillas. No tenía que haber ido. Jenna

no tiene por qué cargar con una responsabilidad que es mía.

Llevo a Ainara en su casa y, ya en la puerta, se echa a mis brazos y me besa. Trato de corresponderle, pero finalmente me aparto.

—Estoy preocupado por Nora.

—Porque es una niña, que si no, me podría celosa. Nos vemos.

Y se da media vuelta y se va, aceptando sin más mis pocas ganas de prolongar el beso. ¿Siempre ha sido así nuestra relación? Llego a casa pensando en ello, pero cuando subo al cuarto de Nora y veo a Jenna sentada en la mecedora, dormida, sujetando la mano de la pequeña, me olvido de todo menos de observarlas..., sobre todo a Jenna.

No sé el tiempo que llevo así cuando Jenna se despierta y me sonrío cuando se percata de mi presencia, aún medio dormida.

—¿Ya has vuelto? —pregunta levantándose.

—Sí. ¿Qué tal se ha portado?

—Bien, no tiene la culpa de sus pesadillas. Vete a dormir, yo me quedo con Nora.

Beso a Nora y me voy a mi cuarto, pero cuando me meto en la cama, me resulta imposible conciliar el sueño con Jenna tan cerca. ¿Por qué tiene que pasarme esto? Al final solo el cansancio hace que caiga rendido y me suma en un profundo sueño. Lo malo es que hasta en sueños Jenna me persigue.

A la mañana siguiente, cuando bajo a desayunar, el olor a café recién hecho embriaga mis sentidos. Al entrar en la cocina, veo que Jenna ya se ha vestido y otra vez lleva el pelo suelto, aunque hoy se lo ha recogido con dos horquillas a los lados. Cuando me mira, sigo viendo su cara infantil, pero ya no la veo tan joven como al principio.

—Buenos días. Te he preparado café.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Muy bien.

Tomo mi desayuno y me despido de Jenna para ir a trabajar. Curiosamente, estoy mucho más descansado que días anteriores. Me parece increíble haberme dormido con esa tranquilidad y sé que es porque confiaba en que, si le pasaba algo a Nora, Jenna se haría cargo de ella.

## JENNA

Termino la tarta que estoy preparando para la fiesta de esta tarde. Laia ha venido por aquí esta mañana para traer unas cosas para la fiesta y, como ya he terminado de dar de comer a Nora y la he acostado, estoy ultimando el postre.

Robert me ha llamado para decirme que llegaría más tarde. Esta semana ha estado muy ocupado y ha llegado casi a las cinco todos los días. Nuestra amistad va bien. Ya hemos superado mi vergüenza por mi confesión y su miedo de hacerme daño al no sentir lo mismo por mí.

Estoy terminando la tarta y metiéndola en el frigorífico cuando de pronto la miro y me pregunto si es una tontería hacerle algo así. Va a cumplir veinticinco años y, aunque yo soy de las que piensan que hay que celebrar orgulloso cada año, hay personas que no son de la misma opinión.

Tocan al timbre. Cierro el frigorífico para ir a ver quién es, esperando que sean Laia o Dulce para traer más cosas, o incluso Bianca, que me dijo ayer que se pasaría por la tarde para ayudar; cualquiera menos la persona a la que me encuentro realmente.

—Hola. ¿Está Robert? —pregunta mi hermana.

—No.

—Mejor. Podéis pasar. —Abre la puerta del todo y me quedo pasmada viendo que un equipo entero de *catering* empieza a entrar en la casa con varias cajas.

—¿Qué es esto?

—¿No esperarías que me fuera a olvidar de su cumpleaños?

—No, pero...

—Pues esta es su fiesta sorpresa.

Mi hermana sigue dando órdenes a diestro y siniestro y, cuando llegan al patio, lo primero que hacen es retirar los globos que he estado colocando esta mañana.

—¿Quién ha puesto esta ordinariez?... Aunque no sé ni para qué pregunto. Jenna, ¿esto es cosa tuya?

—Sí.

Y tiene razón. «¿En qué demonios estabas pensando?», me pregunto. Me meto en la casa y la dejo hacer, es lo mejor. Es su novia y es normal que ella, y no yo, sea quien prepare su fiesta sorpresa.

Subo al antiguo cuarto de Robert y me pongo la tele, con la esperanza de poder ignorar los ruidos de abajo. Lo malo es que la pequeña no puede hacerlo y se despierta llorando.

—Vamos, pequeña, no pasa nada.

La cojo en brazos y la acuno para que vuelva a conciliar el sueño y poco a poco lo consigue. Cierro la puerta, confiando en que no vuelvan a despertarla, y bajo a comentarle a mi hermana que es la hora de la siesta de la pequeña y necesita silencio.

—El tiempo apremia. Por un día que no duerma no va a pasar nada.

—¡Sí que pasa! Es una niña pequeña, necesita sus horas de descanso. ¿Qué clase de madre serás para ella? —estallo.

Mi hermana me mira y pestañea asombrada un par de veces; luego sonrío.

—Lo siento —le digo mortificada. Nunca le he hablado así.

—No pasa nada. Seguro que, tras mi sorpresa de esta noche, se te quita esa cara de agría que tienes.

—¿Cómo? ¿Qué sorpresa?

—Ya lo verás.

Me dedica una sonrisa enigmática y se aleja, dejándome allí plantada y sorprendida porque no se haya defendido de mis acusaciones. Pero ¿por qué le he dicho algo así? Supongo que en el fondo pienso que no puede ocuparse de Nora. Para bien o para mal, Ainara solo piensa en ella.

Me llevo las manos a la cabeza y siento una mano en mi espalda.

—Yo pienso lo mismo que tú.

Me vuelvo y veo a Dulce.

—Hola, no te he oído entrar.

—Con este escándalo, no me extraña.

—Voy a ver a Nora.

—Te acompaño.

Subimos las dos al cuarto de la pequeña y, tras comprobar que está durmiendo, entramos en el cuarto de Robert.

—Había traído para hacer una ensalada, pero veo que no hará falta.

—No.

—Jenna, no te sientas mal por lo que le has dicho.

—Es mi hermana, no es mala persona...

—Yo no creo que sea mala persona; sencillamente, no veo que encaje aquí — comenta mirando a su alrededor refiriéndose a la casa de Robert.

—El nivel de vida de Robert no es un problema. Ella se encargará de que mi padre le compre lo que quiera cuando se casen.

—¿Crees que él será feliz con ella?

—Sí, lo creo.

—Jenna...

—Es su novia. Tal vez nosotros no lo entendamos, pero ella ha preparado esta fiesta para él, y él la quiere tal como es. Así que supongo que este tipo de detalles le gustarán.

—Ah, Jenna, estás aquí. —Mi hermana entra y me tiende el teléfono—. Llama a Robert y dile que se pase por el supermercado a comprar unas cuantas cosas.

—¿Para qué voy a hacer eso? No hace falta, hay comida de sobra.

—Es para entretenerlo. No quiero que llegue antes de que todo esté preparado. Le he llamado antes de venir hacia aquí y me ha dicho que llegaría sobre las cinco, pero todo se está retrasando más de lo que pensaba. —Mi hermana pone morritos fingidos para darme pena—. No sé qué hacer para entretenerlo...

—Trae, yo me encargo —se presta Dulce.

—Gracias... —Se la queda mirando y dice—: Perdona, no recuerdo tu nombre.

—Dulce.

—Eso, Dulce. Y, por cierto, ¿no pensareis presentaros así en mi fiesta? He invitado a algunos amigos y van a venir elegantes.

—Yo no pensaba cambiarme —contesto.

—No esperaba menos de ti. Siempre queriendo llamar la atención con tu absurda idea de ser diferente. ¿Tanto te cuesta por un día vestir normal, en vez de con esa ropa hortera? Quiero que todo salga bien. —Ainara se cruza de brazos exasperada.

—Su ropa no es hortera —me defiende Dulce—, y no te preocupes, nos cambiaremos para no ridiculizarte con nuestras modestas ropas delante de tus amigos.

Ainara se va satisfecha y Dulce llama a Adair. Le dice que vayan a buscar a Robert al trabajo y que lo entretengan para que así Doña Perfecta pueda organizar la fiesta.

—Cuando la peque se despierte, nosotras nos vamos a mi casa y ya encontraremos algo que ponernos. Tengo muchos vestidos que mi madre me envía con frecuencia, pero que no uso —dice con una sonrisa.

—Yo también tengo algunos...

—... Y no pienso disfrazarme más de lo necesario.

Sonríó y nos quedamos en el cuarto hasta que Nora se despierta y la vestimos para llevárnosla de paseo a casa de Dulce. A medio camino, Robert me llama al móvil.

—He llamado a casa, pero no estabais. ¿Va todo bien?

—Sí, he salido con Dulce para comprar unas cosas para la «simple» cena.

Robert se ríe, pensando que lo digo por la fiesta sorpresa que cree que sus amigos le estamos preparando, no por lo que está organizando mi hermana.

—Hago las mejores barbacoas que hayas probado, y no tienen nada de simples.

—Lo imagino —digo tratando de que no note en mi voz lo que me apena no poder disfrutar esta noche de sus sencillas barbacoas.

—Tened cuidado.

—Tranquilo, Nora está en buenas manos.

—Yo me iré con estos un rato a tomar algo. Han venido a por mí.

—Pasadlo bien.

—¿No piensas felicitarme el cumpleaños? —Robert me lo dice sonriendo.

—Aún no.

—Vas a ser la última.

—No creo. —Sonríó y le cuelgo tras despedirme.

—Estás coladita por él. Nora y yo somos testigos de ello.

Nora me mira y sonríe.

—No sirve de nada estarlo.

—Pero lo est s.

—Desgraciadamente, s .

De camino a casa de Dulce, le cuento todo lo que ha pasado con Robert y mi horrible confesión. Dulce no se ríe, me comprende. Ya en su casa y mientras buscamos qué ponernos, me cuenta que ella sabe muy bien lo que es amar un imposible y odiarse todos los días por eso.

—Lo siento —comento a Dulce.

—Tranquila, lo tengo asumido. Cuando más lo quiero, más lo odio.

—Yo no odio a Robert, pero no creo que pueda soportar verlo casado con Ainara y ser su cuñada.

—Eso tiene que ser duro. Y sí lo que se siente al ver que la persona que te gusta y de la que hace tiempo que no sabes nada es el novio de tu hermana.

— Te pasó a ti lo mismo?

—S . Pero bueno, ahora vamos a ponernos guapas sin dejar de ser nosotras mismas y a quien no le gustemos, que no mire.  De acuerdo?

—De acuerdo.

Dulce saca más vestidos y me percatado de que todos son de marca y parecen muy caros, no encajan con la imagen que tengo de ella, pero no digo nada.

Dejamos a Nora en su carrito y le ponemos dibujos animados, pero no les hace mucho caso. Pese a eso y al ver que no vamos corriendo a cogerla cuando nos llama, al final se entretiene con los muñecos que tiene puestos en el carrito.

Dulce me deja un vestido blanco de tirantes con toques de florecitas verdes y una chaquetilla de color verde, y ella se pone un vestido lila que resalta aún más sus ojos.

— Quieres maquillarte un poco?

—Siempre me he visto muy rara cuando me maquillan para las fiestas.

—Yo no suelo maquillarme mucho. A ver si te gusta.

Me siento y la dejo pintarme. Cuando termina y me miro al espejo, me gusta la sencillez del maquillaje. Con muy poco ha conseguido resaltar mis rasgos pero me sigo sintiendo yo, y eso hace que sonr a.

—Me tienes que enseñar.

Dulce se ríe y me lo explica. Luego me aconseja dejarme el pelo suelto, recogido solo de un lado, y me presta unos bonitos pendientes verdes. Cuando salimos las tres, miro la pequeña casa de Dulce. Es acogedora, pero no tiene muchas fotos en ella.

— Vives sola?

—S . Mis padres viven con mi hermana a una hora de aquí.

—No tienes muchas fotos.

—No soy muy fotogénica.

Estamos casi llegando a casa de Robert cuando este me llama.

—¿Dónde estáis?

—Estamos llegando. ¿Y tú?

—En mi casa. —Por la forma que lo dice, sé que algo va mal.

—Has visto la fiesta que te ha organizado Ainara.

—Sí.

—Todo saldrá bien.

—No era lo que tenía pensado.

—Ella lo ha hecho porque creía que te gustaría.

—Lo que me hace pensar: ¿hasta qué punto me conoce? —Su comentario me deja pensativa—. Por favor, no tardéis.

Cuelgo y miro a Dulce.

—No parece que le haya hecho mucha ilusión la fiesta.

—Tal vez solo está sorprendido, como todos.

Me encojo de hombros y nos dirigimos hacia allí. ¿De verdad Ainara no le conoce? Pienso en la fiesta, en Robert, y me pregunto si él, al igual que yo y sus amigos, hubiera preferido una fiesta familiar, sencilla y con poca gente.

## CAPÍTULO 8



### ROBERT

Mientras termino de vestirme, escucho la música clásica que ha seleccionado Ainara y me digo una vez más que ella ha hecho todo esto por mí. Sin embargo, no era lo que yo tenía pensado hacer. ¿Seré un inconformista? No lo sé.

Oigo a Jenna decirle algo a Nora. Salgo de mi cuarto y me quedo quieto al verla. Lleva un vestido blanco algo ajustado y el pelo, ondulado, le cae por la espalda. Cuando me mira, sus ojos parecen más verdes que nunca. Está realmente preciosa.

—Espero estar a la altura de la fiesta. —Noto duda en su voz y esa inseguridad que aparece en ella de vez en cuando.

—Estás muy guapa, Jenna.

—Tú también, aunque me imagino que, tras un día de trabajo, esperabas quitarte el traje, no ponerte otro... ¿O sí? —duda.

—Imaginas bien, pero tu hermana lo ha preparado con todo el cariño y...

—¡Estás aquí! —nos interrumpe Ainara—. Vamos, han empezado a llegar los invitados. Jenna, ve vistiendo a Nora.

—Lo hago yo. Tu hermana no es mi criada.

Ainara me mira seria.

—Tranquilos, a mí me gusta hacerlo.

—A mí también —le digo sin ocultar lo cansado que estoy de sus tonterías. Sé que debo ser paciente, y entenderla, pero últimamente se me hace muy cuesta arriba.

### JENNA

Robert coge a Nora de mis brazos y, tras darle un beso, entra en la habitación seguido de mi hermana.

—Los invitados pueden esperar. Lo importante es Nora.

Su comentario me sorprende y me alegra; me gusta pensar que siente cariño por la niña.

Bajo al salón. Veo a Ángel y a Dulce en la cocina y voy hacia ellos. Ángel está muy guapo de traje y me percató de que mira a Dulce muy serio, lejos de su sonrisa habitual.

—No sé por qué diablos lo has invitado —dice Ángel—. No pinta nada en la fiesta de

Robert. Él no es del grupo.

—¿Y pinta algo toda la gente de ahí afuera? Mira, déjalo. No sé qué hago aquí dándote explicaciones.

—Yo tampoco.

—Hola, Ángel.

Ángel se gira hacia mí y me sonrío.

—Hola, Jenna. Estás preciosa.

—Al final me lo voy a tener que creer. Y sé que es mentira, pero gracias.

Me acerco a la puerta y echo un vistazo al *catering* que ha preparado Ainara. Parece una cena en nuestra casa.

—Estáis huyendo —afirma Albert.

—Sí. ¿Tanto se nota? —pregunta Ángel.

—Cobardes —comenta Albert, que acaba de entrar con Bianca del brazo.

Bianca nos saluda y se pone a mi lado.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Muy bien.

—Ya me habían avisado de lo que ha liado tu hermana. La verdad, no me sorprende. Después de la última barbacoa que hizo Robert y de cómo se alejó todo lo posible de la mesa para no apestar a brasas, me extrañaba mucho que apareciera esta noche. Ahora entiendo por qué ha venido.

En ese momento entra en la cocina un joven bastante guapo con dos copas en la mano y le tiende una a Dulce.

—Vamos, Dulce, no muerden.

Esta le sonrío y se va con él, bajo la atenta y seria mirada de Ángel.

—Hola, chicos. —Laia entra seguida de Adair y mira hacia el patio—. Y yo que me había hecho ilusiones de barbacoa...

—Caprichosa —le dice Adair cariñosamente.

—Ainara lo ha hecho de corazón —comento tratando de poner algo de alegría.

—¿Qué hacéis todos aquí? —pregunta Robert al vernos a todos en la cocina.

—Vamos, salid con los demás. Y sobre todo tú, Jenna. Alguien te está esperando fuera —dice mi hermana muy sonriente.

Siento la mirada de todos sobre mí y miro hacia afuera.

—No espero a nadie.

—Yo no estaría tan segura. Vamos. —Ainara sale seguida de Robert y escucho como le felicitan.

—¿Quién puede haber venido? —me pregunta Bianca curiosa.

Me encojo de hombros y salgo al patio, que está decorado para la ocasión y en donde varios camareros están paseando entre los invitados con bandejas de comida. Miro a las diferentes personas que han acudido al evento, todos ellos amigos de mi hermana, y supongo que también de Robert. Busco entre la gente a la supuesta persona que ha venido por mí y, cuando lo veo, me quedo quieta, impactada. No puede ser que esté aquí. Pero esos ojos azules como zafiros son inconfundibles. Matt ha vuelto.

## ROBERT

Unos me saludan, otros me felicitan, pero mi mente está en otro lugar. En Jenna. Ha salido al jardín y la he visto mirar el entorno, hasta que sus ojos se han detenido y se ha quedado parada. Sigo su mirada sin llamar la atención y veo a un joven que me resulta familiar. No lleva traje como los demás, sino que va en pantalón vaquero y camisa blanca. Lo veo abrir los brazos mientras sonrío a Jenna, que no tarda en salir hacia él y lanzarse a sus brazos, fundiéndose en un efusivo abrazo y riendo. De pronto, sé de qué me suena ese chico: es Matt. Su mejor amigo. Parece que ha vuelto. Y saberlo no me es tan indiferente como debería.

—Matt ha venido esta mañana a mi casa preguntando por Jenna —me comenta Ainara—. Le dije dónde estaría esta noche y aceptó venir. Sabía que le alegraría verlo. Yo creo que están liados o algo. Han viajado juntos por medio mundo y se conocen desde niños. ¿Cómo van a ser solo amigos? No hay más que ver el abrazo que se han dado. Además, Jenna debería echarle el anzuelo y pescarlo; es un buen partido económico y esa alianza sería buena para mi padre.

—¿Y qué le apporto yo a tu padre?

—Él te quiere tal como eres.

Me sonrío con tranquilidad, pero yo me quedo mosqueado por sus palabras. Observo a Jenna hablar con Matt. Bianca se ha acercado a ellos y Matt ahora le está dando dos besos pero, cuando trata de abrazarla, Albert se lo impide disimuladamente.

La fiesta sigue, pero Jenna y Matt se han separado un poco de toda la gente y están ajenos a ella. Cojo a Nora y la subo a dormir; está inquieta esta noche.

—¿Va todo bien? —Jenna entra en la habitación de Nora al poco de subir yo.

—Sí, la pequeña tiene sueño.

Jenna me ayuda a ponerle el pijama. Cuando la acostamos, nos quedamos esperando a que se duerma, cosa que no tarda en hacer. Cojo el vigilabebés para oír si llora y empezamos a bajar las escaleras.

—Ha vuelto —le digo.

—Sí. —Sonríe y se detiene—. No está enfadado conmigo y nuestra amistad sigue intacta. —Me sonrío relajada pero no puedo devolverle la sonrisa—. ¿Pasa algo?

—No.

—Ah... No se me ha olvidado felicitarte. Es solo que me dijiste el otro día que naciste a las diez de la noche y quería felicitarte cuando de verdad hubieras cumplido los veinticinco años, así era la primera de verdad. Felicidades.

Jenna me tiende un regalo que hasta ahora no me había percatado de que llevara. No es muy grande e intuyo qué puede ser. Empiezo a abrirlo.

—No sé si te gustará..., no me ha quedado muy bien... —Sus dudas vuelven a ella y lo abro aún más deprisa. Y cuando aparece ante mí un retrato mío con Nora en los brazos, me quedo sin palabras. Nora me está cogiendo la cara tratando de imitar mi forma de besarla y yo le sonrío mientras lo hace. Al mirarlo, veo complicidad y un profundo cariño. Es precioso.

—No tenías fotos con Nora en el salón y pensé... pero si no te gusta...

Miro a Jenna, que está mordiéndose el labio. Yo me quedo mudo mirando sus labios, mirándola a ella, perdido en sus detalles, en su forma de ser, en todo, y hago la mayor estupidez que he hecho con ella hasta ese momento: la beso.

Jenna se queda quieta, tan sorprendida como yo por el gesto, pero sus labios no tardan en seguir los míos y los míos no tardan en perderse en los suyos. La acerco a mí dejando el cuadro entre los dos, sintiendo como cada fibra de mi ser estalla con este contacto. La entrega con la que me besa me traspasa, no se deja nada, puedo sentir como se da por entero en ese beso. Su mano se apoya tímida en mi cuello y es esta intimidad, ese temblor incontrolado, lo que me hace volver de golpe a la realidad. Jenna es demasiado joven para mí. ¿Qué estoy haciendo?

—Lo siento, Jenna, esto... esto no debería haber pasado.

Me voy sin poder mirarla, pues temo ver las lágrimas en sus ojos que hayan provocado mis palabras. Pero es más fácil decirle eso que decirle que nunca en mi vida un beso había sido tan intenso para mí.

## JENNA

Me quedo de pie en la escalera, incapaz de moverme y con un reguero de estúpidas lágrimas corriendo por mi rostro. Mis labios aún están palpitantes por el beso, mi corazón martillea con fuerza en mi pecho y sus palabras aún se me clavan en el alma como cuando las ha pronunciado.

—¿Jenna? —Miro a Matt, que en cuanto me ve la cara suelta una maldición, sube a mi lado y me abraza, como cuando era niña y me hacían daño los comentarios de la gente de mi alrededor. Me sumerjo en su abrazo—. ¿Qué ha pasado?

—Yo... —Niego con la cabeza—. Estoy bien.

—No lo estás, Jenna.

Me separo y me seco las lágrimas.

—No quiero que nadie note que estoy mal.

—¿Nadie o él? Lo vi meterse en la casa con cara de pocos amigos y, como tú te has

ido tras él, pensé que había pasado algo entre los dos. Y parece ser que acerté.

—Odio que estés tan pendiente de todo.

—Sé que te gusta —dice tras reírse. Matt me conoce muy bien, solo le ha hecho falta un detalle para saber lo que siento, igual que supo ver antes que yo lo que sentía por él.

Y tras este beso, no puedo ocultarme más que estoy perdidamente enamorada del novio de mi hermana.

—¿Se me nota mucho que he llorado?

—Sí, pero tal vez ya esté lo suficientemente oscuro fuera para que nadie lo note. ¿Quieres estar más tiempo en la fiesta? Tenemos mucho de que hablar.

—¿Quedaría muy mal que nos fuéramos ya?

—Sí. Ni siquiera han sacado la tarta.

—No tengo valor para mirarlo a la cara.

—¿Qué ha pasado? —Niego con la cabeza—. ¿Jenna? —me apremia.

—Nos hemos besado —le digo muy flojito.

—¿Pero tú qué problema tienes con los besos? Te besan y salen huyendo. —Matt lo dice para que me ría y lo consigue.

—Lo siento.

—Ya hablaremos. Y ahora, volvamos a la fiesta. Y pon la mejor sonrisa que tengas, porque Robert no es solo tu jefe, es el novio de tu hermana.

—Sí. Voy al aseo a arreglarme el estropicio que han dejado las lágrimas y bajamos.

Me acompaña y se queda en la puerta esperando que me retoque. Por suerte, Matt llegó a tiempo de detener el torrente de mis lágrimas. Solo unas pocas consiguieron pasarse con libertad por mis mejillas.

—Vamos, ya no se nota —digo tras salir del baño.

Matt asiente y tomo aire. Me aferro a su mano, como tantas otras veces. Cuando llegamos al patio, sonrío a Bianca y nos acercamos a los demás. Hay dos claros grupos en la fiesta y a Robert le ha tocado estar en medio.

Estoy siguiendo la conversación de Bianca con Laia, o eso creo, porque de pronto se calla y ambas me miran. Matt me da un pequeño codazo.

—Me he perdido —les digo. Ellas sonrían y miran tras de mí.

—¿Qué tal vais?

La voz de Robert me llega muy cerca y me tenso. Matt lo nota y me acerca a él abrazándome, para que nadie note como me altera la cercanía de Robert.

—Genial. ¿Queda mucho para la tarta? No es por meterte prisa, pero tengo muchas cosas que hablar con Jenna y estoy deseando llegar a su estudio y ponernos al día.

La voz de Matt es amigable, pero percibo un tono serio entre sus palabras.

—No queda mucho, pronto podréis iros. Aunque si queréis, ¿por qué no lo hacéis ya? No seré yo quien os obligue a quedaros.

Matt y Robert se quedan en silencio, mirándose. Ambos son igual de altos, yo estoy en medio y noto como todos me miran a mí y los miran a ellos alternativamente, sin comprender nada. De pronto me siento muy estúpida, como si molestara, y me pregunto si he sido yo la culpable del beso. ¿Lo habré provocado? Las palabras de Robert se repiten en mi cabeza y me siento cada vez más pequeña.

—¡Maldita sea!

Para asombro de todos, Robert no solo maldice, sino que me coge del brazo para llevarme a la cocina. Trato de soltarme pero, no queriendo montar una escena delante de todo el mundo, lo sigo y solo cuando estamos solos me aparto y le pregunto enfadada:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡No! —casi grita—. ¡Ni yo mismo lo sé! —Se pasa la mano por el pelo, se quita la corbata y la chaqueta y se arremanga la camisa—. Odio esto. No era lo que tenía pensando para mi cumpleaños. Quería estar tranquilo, no pasarme la noche fingiendo que todo va perfecto..., y ni siquiera te quería hablar de eso pero..., Jenna —Lo miro—. Siento lo del beso.

—Ya lo has dicho antes, lo has dejado muy claro.

—Soy el novio de tu hermana y no tenía por qué robarte un beso así. Lo siento en el alma, no sé qué me ha pasado y te pido que me disculpes. Espero que olvidemos el incidente.

Lo veo mirarme preocupado, dubitativo y cansado. Mi enfado se disipa, mi tristeza no, pero como me acompaña desde hace días, lo veo normal.

—No pasa nada. No te preocupes.

—Sí pasa. No debí haberlo hecho.

—Hagamos lo que tú dices, olvidarlo.

—Sí, es lo mejor. —Nos quedamos mirándonos en silencio. La cocina parece que va encogiéndose, pues solo puedo sentirlo a él—. No quiero que te vayas con Matt, pero entiendo que tengáis muchas cosas que hablar y queráis iros... juntos.

—No quiero irme.

Sonríe y lo veo relajarse.

—Gracias por ser como eres.

No digo nada más, pues ahora mismo pienso que, de tan buena, soy tonta, o que soy una actriz nata por aceptar que me bese y hacerle creer que lo voy a olvidar sin más.

Volvemos a la fiesta más calmados y Robert no se separa de nuestro lado. Matt lo mira pero no dice nada, y sigue al lado de Bianca hablando con Albert. Como siempre le pasa, ha encajado sin problemas en el grupo de amigos de Robert. Tiene mucha facilidad para encajar en cualquier sitio, al contrario que yo.

—Siento interrumpiros, pero van a servir la tarta —nos dice Ainara.

—¿Y las velas? —comento, aunque me arrepiento enseguida al sentir la mirada recriminatoria de mi hermana.

—Esas cosas son para críos.

—A mí me encantan —comenta Matt para apoyarme.

—Lo que yo decía, para críos —replica Ainara mirando a Matt desafiante.

—Prefiero ser un crío a ser un amargado como tú —contesta Matt—. No deberías tomarte tan mal que te rechazara hace años, Ainara. Con perdón de tu novio. Pero ya sabes que cuando me dan, doy.

—Sí, lo sé. Y no, no me sentó mal que me rechazaras porque eso solo sucedió en tus sueños. Yo nunca he ido detrás de ti. Por muy príncipe que seas, no eres mi tipo.

—Gracias por sacar a relucir mi odiado título.

—De nada.

Robert mira a Ainara, que se va a pedir que sirvan la tarta.

—Jenna, ¿has traído velas? —me pregunta Matt—. Siempre te acuerdas de esas cosas. Solo por fastidiar a tu hermana y a los estirados de sus amigos, merece la pena que las busques —me incita.

—Yo...

—¡Si hasta hizo una tarta! —comenta Dulce—. Vamos, Jenna, vamos a por ella, a ver qué cara ponen.

Me giro hacia Robert, que me está mirando serio.

—¿Es verdad? ¿Has hecho una tarta?

—Sí...

—Yo iba a preparar una ensalada —sigue Dulce—, Laia y Jenna han decorado todo el patio con globos esta mañana, pero como no encajaban para la fiesta de Ainara, los ha explotado.

—Dulce, me cuesta creer que alguien te caiga peor que yo —comenta Ángel divertido.

—Es una bruja, con perdón —remata Laia mirando a Robert.

Robert se pasa la mano por el pelo y Ainara vuelve a su lado con dos platos.

—Los vuestros os los traen ahora... Y, cariño, ¿no deberías llevar corbata y chaqueta?

Todos nos quedamos en silencio.

—Jenna, id a traer eso. Me encantaría.

Sonrío feliz y mi hermana nos mira sin entender nada. Dulce me toma de la mano y me arrastra a la cocina, y Laia y Bianca vienen detrás de nosotras. Abro el frigorífico, pero

no veo la tarta por ningún sitio.

—Qué raro. La puse aquí.

—¿Era de chocolate y bizcocho? —pregunta Laia.

—¿Era? —Miro hacia donde está ella y la veo levantar la tapa del cubo de la basura —. ¿La han tirado?

—Eso parece.

—¡No soporto estas cosas! ¿Por qué él sí? —se enfada Dulce.

—Porque la quiere y, cuando quieres a alguien, soportas cosas que no son propias de ti —contesto.

Guardamos silencio, pues las tres pensamos que tiene que ser así. Si no, no se entiende que aguante cambiar sus planes por los de ella.

—¿Algún problema? —pregunta Adair asomándose a la cocina.

—Han tirado la tarta de Jenna —le contesta Laia seria.

—No pasa nada —digo, sin ganas de sentirme más triste de lo que ya estoy—. Mi hermana lo ha hecho todo con cariño. Es mejor que salgamos y tomemos la tarta del *catering*...

Salimos y volvemos con los demás. Cuando les contamos lo que ha pasado, siento la mirada de Matt sobre mí.

—¿Era la de chocolate que te enseñó a preparar tu cocinera?

Sé por qué hace esa pregunta.

—Da igual.

—No da igual. Ainara sabía que era tuya.

—No sabemos si ha sido ella. Dejadlo estar, por favor.

Todos se callan y nos tomamos nuestras raciones de tarta en silencio. Cuando terminamos, busco a Robert y lo veo conversar con alguien.

—Es un socio de nuestra empresa. Estará con él mucho rato, es un pesado —nos informa Albert.

—Nosotros nos vamos —comento, cansada ya de aguantar la perfecta fiesta de cumpleaños de mi hermana. Y más cuando Ainara se acerca a Robert y le abraza—. Despedidnos de él, ¿queréis?

Albert asiente y me despido de los demás. Cuando monto en la moto para que me siga Matt en su coche, estoy a punto de derrumbarme pero consigo mantenerme entera. He de conducir con cuidado hasta el estudio.

\* \* \*

—Despierta, dormilona, o los churros estarán correosos cuando te los comas.

Me estiro en mi pequeña cama del estudio y abro los ojos para ver a Matt ante mí,

con una bolsa llena de churros en una mano y un par de vasos de chocolate en la otra. Lleva su pelo rubio peinado a la moda y sus ojos azules me observan sonrientes.

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía.

Me siento en la cama. La cama supletoria donde ha dormido Matt ya está plegada y guardada junto con sus sábanas. Anoche, cuando llegamos, le conté toda la historia y luego le pedí perdón por haberme ido de esa manera y por estar tantos meses sin cogerle el teléfono. Le dije la verdad, que temía haberlo estropeado todo, pero Matt me dijo que era tonta y me sonrió. No hacía falta que me dijera que me perdonaba, porque ya lo conozco lo suficiente para saber que todo está como siempre.

Matt se sienta a mi lado en la cama y nos ponemos a desayunar juntos.

—Seguir trabajando para él te hará daño.

—Lo sé, pero...

—... Pero si es lo que quieres, te apoyaré.

Cuando damos cuenta de los churros y el chocolate, le enseño a Matt mis dibujos. Muchos le suenan, pues son paisajes que vimos en nuestros viajes. Al mirarlo, me pregunto por qué creí que podía haber algo más, por qué no me di cuenta de que solo le quería como a un hermano. Nunca he sentido por él lo que ahora siento por Robert. Su beso de ayer me ha tenido en vela durante toda la noche, porque cuando mis labios probaron los suyos no podían saciarse.

—Me gustan mucho. ¿Y dónde está el mío? Perdiste la apuesta y me dijiste que me dibujarías sin ropa para aprender a dibujar el cuerpo de un hombre.

Me río y voy a por mi cuaderno de bocetos. Busco el suyo y se lo tiendo.

—No está mal. —Me sonrío y mira mis otros bocetos—. No sé como él no se da cuenta de lo que se está perdiendo.

—Yo no soy gran...

—Jenna, nunca más. No quiero que te infravalores. Vales mucho, al contrario de lo que te han hecho creer todos estos años.

—Si tú lo dices... —Suspiro resignada, pues no es la primera vez que me dice algo así—. Tú me ves con muy buenos ojos.

—Jenna...

—Intento cambiar de tema —le digo, sabiendo lo que me va a decir.

—Eres imposible.

Pasamos el fin de semana juntos, como si no hubieran pasado tantos meses sin saber el uno del otro, y agradezco que esté aquí. Sin embargo, cuando llegue el lunes y vuelva al trabajo... sé que superar esto es algo que debo hacer sola.

**ROBERT**

Me asomo por la ventana al escuchar el ruido de un motor y veo a Jenna salir de un coche de alta gama. Se despide del conductor, que intuyo será Matt, y viene hacia aquí. No esperaba que viniera hoy y ahora, al verla, me doy cuenta de lo mucho que deseaba estar equivocado.

Cuando toca la puerta con los nudillos, la abro, sintiendo la tensión entre los dos, y me culpo por ello.

—Buenos días. ¿Está Nora durmiendo? —me pregunta mientras entra y deja la mochila en su sitio habitual. Me fijo en que, una vez más, lleva el pelo suelto y se ha maquillado un poco.

—Sí, ha pasado mejor noche.

—Me alegra. —Se gira y me sonrío a pesar del rubor de sus mejillas.

—Jenna...

—Está olvidado. Solo déjame un poco de tiempo y se me pasará la vergüenza enseguida.

Sonrío por su sinceridad y me quedo más tranquilo al ver que vuelve a ser la de siempre.

—El que tendría que tener vergüenza debería ser yo.

—Es posible.

—Te he preparado el desayuno, me tengo que marchar ya.

—Que tengas buen día.

—Tú también.

Abro la puerta para irme, pero antes le pregunto:

—¿Ya has arreglado las cosas con Matt?

—Sí, hemos estado todo el fin de semana en mi estudio hablando.

—Me alegro.

Y me marcho sin decir nada más, porque no me alegro en absoluto. Al contrario, siento un sentimiento negativo nacer en mí. No he parado de recrear el beso en mi mente una y otra vez, y la rabia por saber que ella estaba con él, sola, se ha apoderado de mí de una forma irracional. No debería estar sintiendo esto y ser consciente de ello me mortifica.

En cuanto llego a la oficina, Albert y yo nos ponemos a trabajar codo con codo. Me gusta trabajar con él. Cuando le conocí, no imaginaba que fuera tan competente, aunque su padre nunca supo verlo, pues lo ha dejado todo en herencia a su hermanastro y, según hemos sabido últimamente, su empresa no va muy bien.

Por la tarde, al regresar a mi casa, veo el coche de Matt aparcado en la puerta y al entrar, escucho su voz. Tiene a la niña en los brazos y parece que a Nora le ha caído bien; siento no poder decir lo mismo.

—Hola. Te he dejado la comida en la mesa —me comenta Jenna, que acaba de salir de la cocina—. Nosotros nos vamos a comer a un restaurante que le han recomendado a Matt; dicen que se come muy bien.

Matt sonríe a Jenna y luego le hace cosquillas a Nora antes de dejarla en el parque.

—Pasadlo bien.

—Nos vemos —se despide Matt cogiendo la mochila de Jenna y abriendo la puerta para irse.

Jenna se queda rezagada y me mira seria.

—¿Estás bien?

—Claro —miento y, tras despedirnos, la veo irse con él.

Debería sentirme bien porque todo siga el camino que yo tenía trazado: yo estoy con Ainara, Jenna sigue con su vida... Pero no puedo.

\* \* \*

Esta semana casi no he hablado con Jenna. Nuestras habituales comidas juntos se han interrumpido por Matt, que siempre la est  esperando para llevarla a casa. No he parado de preguntarme si son algo más que amigos, aunque es evidente que lo son. Todos mis amigos cuando me han visto han notado que estoy de mal humor, amargado, pero no s  qué decirles.

Tocan al timbre y abro. Es Ainara. Que se presente en mi casa sin avisar no hace que mejore mi carácter.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte. —Entra y me da un rápido beso en los labios. La observo mientras cierro la puerta, tratando de ver algo de su hermana en ella, hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo y desvío la mirada.

—Estamos a viernes.

—Lo s .

—¿Un mal día en el trabajo?

—S  —miento.

—Bueno, pues tengo la solución para que te alegres. Esta noche hay una fiesta y no puedes faltar.

—No puedo ir.

—He hablado con Jenna antes de venir y me ha dicho que se puede quedar con Nora. He pensado en todo.

—Ya veo. Pero no puedo, de verdad.

—Llevamos una semana sin vernos. Quiero estar contigo.

Se acerca y posa sus manos sobre mi pecho. Me siento mal por no sentir nada cuando me toca, por no querer besarla hasta saciarme y, sobre todo, por no dejar de buscar a Jenna

en ella.

—Mira, esto no...

Se alza y me besa. Me entrego al beso, aunque no es el suyo el que ansío.

—Sé que esta noche será especial, tenemos que pasar más tiempo juntos.

Se abraza a mí y por un fugaz instante veo a la Ainara cariñosa que conocí hace tiempo, a la Ainara necesitada de cariño, y acabo por abrazarla.

—¿Seguro que a Jenna no le importa?

—No. Además, Matt tiene que venir a la fiesta y ella se iba a pasar la noche en su pequeño estudio, pintando.

—De acuerdo, iré —accedo, pues sigo queriendo que todo vuelva a ser como antes y dejar de sentirme atraído por alguien que no es para mí.

\* \* \*

Ya me he arreglado para la fiesta y estoy terminando de hacer la cena para Nora cuando tocan al timbre. Cojo en brazos a la pequeña para ir a abrir y veo a Jenna tras ella sonriéndome. Nora tiende sus bracitos hacia ella, y Jenna no tarda en cogerla y darle un abrazo y un beso cariñoso.

—Buenas noches.

—Buenas. Siento molestarte en viernes.

—No podía negarme. A mi hermana le hacía ilusión ir contigo a la fiesta.

—Y a ti no.

—No.

Sonríe y se dirige a la cocina con la pequeña.

—¿Ni para acompañar a Matt?

—Él me conoce lo suficientemente bien como para no pedirme algo que sabe me hace daño. Desde niña no he tenido buena experiencia en las fiestas. A la primera que fui, cuando tenía diez años, me tiré el ponche sobre mi vestido. Fui la comidilla de la fiesta varias horas. Y cuando tenía catorce, me pisé el vestido al bailar y lo rompí...

Sonrío porque Jenna lo hace al recordar.

—Cuando me pongo nerviosa suelo ser un poco patosa.

—Si por mí fuera, yo tampoco iría a esa fiesta. No me gustan nada.

—Y no disfrutaste de tu fiesta de cumpleaños.

—¿Sinceramente? —Jenna asiente y le digo la verdad—: No, pero lo hice por ella. Me hubiera gustado una fiesta tranquila... Además, Nora estuvo inquieta toda la noche.

—Mi hermana lo hizo con cariño.

—Lo sé.

—Pero no te conoce.

—No como Matt te conoce a ti —le digo serio, pero me arrepiento enseguida—. Lo siento, estoy algo cansado.

—Matt me conoce porque somos amigos desde niños; para él soy como una hermana.

—¿Y para ti?

—Para mí también.

La observo y me doy cuenta de que estoy intentando ver en sus gestos si miente. ¿Para qué?

—He de irme.

—Pásalo bien. Yo estaré con la pequeña.

—Esta tarde está algo llorona. —Le doy un beso a Nora y, cuando me levanto, me quedo a pocos centímetros de Jenna. La miro y, como me pasa desde hace días, ya no encuentro rastro de esa niña que yo creí ver cuando entró en mi casa. Y no tiene nada que ver con el pelo o el maquillaje; es su fuerza, su personalidad, su persona lo que me ha hecho olvidar su juventud y ver su madurez.

—La cuidaré.

—Lo sé.

Me separo y me marcho sabiendo que estoy tratando de ocultarme la verdad.

## JENNA

Me levanto al escuchar los lloros de la pequeña. Lleva inquieta desde que la acosté. Le he tocado la frente un par de veces por si tiene fiebre, pero no está caliente. Llego hasta ella y la cojo. Al abrazarla, posa su frente sobre mi barbilla y me asusto por lo caliente que está. Doy un traspié hacia atrás. La calmo con mi voz y bajo con ella hacia el salón para buscar el teléfono de la casa. Tiene que verla un médico. Llamo a Robert pero no me lo coge. Nora no deja de llorar y, asustada, llamo a una ambulancia para llevarla a urgencias.

La preparo y me visto deprisa. Me invade el miedo porque esto sea por mi culpa, por no haberla cuidado bien, y me pregunto si ya tenía fiebre cuando la acosté, si no supe verlo. Sí, la toqué y no tenía, pero el miedo ya me hace dudar. ¿Qué clase de niñera soy?

La ambulancia no tarda en venir y salgo con la pequeña tras cerrar la puerta y coger mi móvil, para seguir llamando a Robert. Nada más llegar al hospital, sacan a la pequeña y la llevan al médico de urgencias.

—Espere aquí.

—Ella me necesita.

—¿Es su madre?

—No.

—De todos modos, espere aquí.

La meten en la sala y me quedo fuera, impotente. Robert me llama en ese momento y lo cojo entre lágrimas.

—Robert...

—¿Qué le ha pasado a Nora?

—Estamos en urgencias, tiene fiebre...

—Voy hacia allí.

—Ten cuidado con el coche, ¿vale? —le pido.

—Lo tendré.

Me siento en una silla de plástico cerca de la sala y espero a que me den noticias de la niña.

—¡Jenna! —No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escucho la voz de Robert y me levanto para caer en sus brazos.

—Se pondrá bien...

—Lo sé. Es fuerte —me dice serio.

Lo abrazo absorbiendo su fuerza.

—Lo siento, Robert...

—No lo sientas, Jenna, era yo quien tenía que haber estado con ella.

Noto su tensión, por lo que lo abrazo aún más fuerte y Robert me acepta el abrazo. Nos quedamos así hasta que sale el médico.

—¿Los familiares de la pequeña?

Robert se separa sin quitar su mano de mi cintura.

—Sí, soy su tutor y su hermano.

—Pasen por aquí.

—Vamos. —Me lleva con él y, al entrar, me impacta ver a Nora con el suero puesto. Trato de hacerme la fuerte, pero la impresión que me causa verla tan indefensa me altera. No quiero que le pase nada.

—Está bien, no se asusten.

—¿Qué tiene?

—Tiene la garganta inflamada y eso le ha producido la fiebre alta. Esta noche la pasará aquí, en observación, pero mañana ya podrá ir a casa. Pueden quedarse en la sala de espera. La niña será cuidada donde los demás bebés.

Robert asiente y, tras dar un beso a su hermana, se aparta para que yo pueda hacer lo mismo. Salimos fuera y miro a Robert.

—Se pondrá bien —le sonrío.

—Es fuerte, ya te lo dije. —Se pasa la mano por el pelo—. No recuerdo haber estado

tan asustado en mi vida.

—Yo tampoco.

—¿Quieres que te llame un taxi para que te lleve a tu casa?

—Me gustaría quedarme..., si no te molesta.

—No, no me molesta. —Me mira—. Te lo agradecería.

Le sonrío y nos sentamos en las incómodas sillas de la sala de espera.

Al poco me entra sueño y alzo los pies al otro asiento, siento la mano de Robert acercarme a él y arroparme con su chaqueta.

—Duerme, Jenna.

—No puedo.

—Apóyate en mí. —Pongo mi cabeza sobre su pecho, me abrazo a él. Siento la cabeza de Robert apoyarse sobre la mía y nos quedamos así, quietos y en silencio, dándonos consuelo mutuo.

## ROBERT

Me despierto sintiendo el peso de Jenna sobre mi pecho y le acaricio la espalda. Su cercanía me reconforta, aunque sé que aquí debería estar otra persona y no está. Tal vez he necesitado que Nora se ponga enferma para darme cuenta de que Ainara nunca será la madre que la niña se merece tener. Sí, puede que necesite cariño, que su propia experiencia debería hacerle comprender mejor a Nora. Pero en el tiempo que estamos juntos nunca he sentido la necesidad de darle cariño, nunca he sentido que de verdad lo necesite tanto como prodiga. Conozco bien a su padre, George, y ahora también a Jenna, para saber que Ainara no ha sido infeliz en su familia. En cambio, Jenna nunca lo ha pedido, siempre ha dado lo que tiene y sé que ella necesita tanto cariño como el que más. Su inseguridad y su miedo a molestar lo demuestran y yo, pese a saber que no puedo, tampoco puedo negar que ansío dárselo.

La acerco más a mí y apoyo una vez más mi cabeza sobre la suya. Al menos por esta noche la tengo solo para mí.

Cuando llega el día, Jenna se despierta y le sonrío.

—Nora debe de estar reclamándonos. Estoy deseando tenerla en casa.

—Y yo —me contesta.

Me sonrío y se levanta deprisa, como si se avergonzara de haberse quedado dormida sobre mi pecho. Tiene marcada mi camisa en su cara y, estando aún más dormida que despierta, va hacia donde está la máquina de café.

—¿Quieres?

—Sí.

Saca dos cafés y, cuando vuelve, se sienta a mi lado y lo tomamos en silencio.

—¿Ella sabía que la niña estaba mal?

No hace falta que diga a quién se refiere y mi mandíbula se tensa.

—Sí. Pero supuso que no era nada.

—Lo siento. —Jenna ha notado mi malestar en la voz.

—Yo no. —Pues ahora ya no me cabe duda de lo que debo hacer.

Al poco sale el médico para decirnos que la pequeña está bien y que podemos llevárnosla a casa. En el coche, Jenna se sienta detrás con ella y no deja de acariciar su cabecita. Cuando llegamos, le damos el desayuno con los medicamentos que le han mandado y la volvemos a acostar.

—¿Quieres que me quede?

—No quiero robarte más tiempo. Muchas gracias por todo.

Tocan a la puerta y Jenna va a abrir. Es Matt.

—¿Va todo bien? Anoche te vi salir algo azorado —comenta refiriéndose a mí—. No he podido venir hasta ahora.

—Sí, todo va bien. Nora se puso enferma y tuvimos que ir a urgencias, pero ya le han dado el alta.

—Me alegra que esté mejor.

Asiento agradecido por su gesto. Lo miro serio, pues aunque me gustaría ver en él algo malo, sé que no es mal tío y eso me enfurece todavía más.

—¿Te llevo a casa? —le pregunta a Jenna.

—Bueno, ¿seguro que no necesitas nada?

—Solo que descanses.

Jenna asiente.

—Si pasa algo...

—... Tranquila, te llamaré.

—Gracias.

\* \* \*

No me he separado de Nora en todo el fin de semana. Mis amigos han venido a ver qué tal estaba y también se ha pasado Jenna con un regalo para la pequeña: un babero pintado por ella. Es domingo por la tarde. Yo llevo desde ayer tratando de localizar a Ainara, sin éxito.

—Jenna —la llamo y le digo que venga.

Tras dejar a Nora con Laia viene hacia la cocina, donde estoy.

—¿Sabes algo de tu hermana?

—No, no he ido por casa este fin de semana. ¿Por?

—No la localizo.

—Voy a llamar a mi padre. —Jenna va a por su móvil para llamar a George. Al poco vuelve y por su cara sé que algo no va bien—. Por lo visto, mi hermana se ha ido de viaje. —Mi expresión debe de hablar por mí, porque enseguida me pregunta—: ¿No lo sabías?

—No tenía ni idea.

—¿Qué tipo de relación lleváis?

—Ninguna.

Nos quedamos mirándonos hasta que Adair se asoma por la puerta y nos interrumpe.

—Nosotros nos vamos.

—Yo también —comenta Jenna—. He quedado con Matt, debe de estar esperándome. Si sé algo de Ainara, te lo comunico mañana.

Asiento. Todos cogen sus cosas y van saliendo a medida que se despiden de mí y de la pequeña. Cuando me quedo solo con Nora, juego un poco con ella hasta que llega la hora de cena. Una vez que acuesto a la niña y estoy solo en el salón otra vez, llamo a Ainara y, viendo que no me lo coge, le mando un mensaje para que me llame cuanto antes. La pregunta de Jenna acude a mi mente y sé que esto no es de ahora, que esto ha sido siempre así; pero en esta vida no hay peor ciego que el que no quiere ver y yo me empeñaba en que lo nuestro saliera adelante... ¿Por qué? No lo sé, pero esto debe acabar.

## JENNA

Nora va mejorando cada día y mi relación con Robert también. No sé qué ha cambiado desde la noche del hospital, pero está más sonriente y, cuando llego, siempre tiene preparado el desayuno y se espera para desayunar conmigo. Hablamos de temas varios y me dejo llevar por las conversaciones sin temor a decir algo fuera de lugar, porque las veces que lo he hecho, Robert solo ha sonreído. No sé nada de Ainara y Robert me ha dicho que él tampoco, aunque mis padres me cuentan que se encuentra bien. Estoy acostumbrada a sus huidas desde que tuvo edad para irse sola, pero largarse justo cuando la hermana de tu novio está enferma no me parece adecuado. Robert no habla mucho de ella y, la verdad, lo prefiero. No tengo ganas de hablar de mi hermana con él. En el fondo sé que ella no lo quiere, pero cada vez que lo pienso me pregunto si no será mi deseo oculto de que ellos dos acaben y estoy tergiversando la realidad.

Ahora le estoy esperando para comer; me ha llamado para decirme que venía. Cuando llega me sonrío y me dice que le espere un momento, que sube a cambiarse. No sé qué ha pasado para su cambio de actitud, pero me gusta y, al mismo tiempo, me da miedo, pues cada día estoy más enamorada de él.

—¿Qué has cocinado hoy?

—Pasta.

—Buenísima.

Me río y nos sentamos a comer. Me cuenta que el proyecto está casi terminado; lo

escucho hablar absorbiendo su felicidad.

—Esta noche Nora se quedará en casa de Albert y Bianca.

—¿Crees que Bianca tardará mucho en decirnos que está en estado? —le pregunto, pues cada vez lo tengo más claro y estoy deseando que nos den la noticia.

—No lo sé. Albert anda algo preocupado estos días. Me temo que están esperando a que pasen tres meses para poder confirmar mejor la noticia.

—Sí, eso pienso yo. Pero todos lo sabemos por su forma de comportarse.

—Sí.

Sonrío y bebo un poco de agua.

—¿Saldrás esta noche?

—Sí. Adair y Ángel quieren quedar a tomar algo. Hace tiempo que no salgo con ellos. ¿Y tú?

—He quedado con Matt.

Como siempre pasa cuando hablo de Matt, se instala un silencio entre nosotros. Me levanto y recojo mis cosas, pues ya he terminado de comer, con la mala suerte de que se me resbala el vaso y cae con fuerza al fregadero, rompiéndose.

—Lo siento...

—¡No lo cojas! —Robert se levanta de un salto y pone las manos sobre las mías, impidiéndome que pueda cortarme con los cristales desparramados por el fregadero—. Te puedes cortar... —Lo dice con un hilo de voz y noto su pecho en mi espalda y sus manos acariciar las mías.

Esta semana hemos evitado tocarnos, rozarnos; como si ambos supiéramos que, una vez que lo hiciéramos, algo podría pasar. Y ahora, al sentir su contacto, no puedo evitar echar mi cabeza hacia atrás para acercarme más él.

—No puedo...

No llega a terminar la frase, pues me gira hacia él y me besa con pasión y con ternura a la vez. Alzo mis manos a su cuello y me acerco más a él. Su lengua se entrelaza con la mía y siento sus manos subir por mi espalda. Me arqueo para darle mejor acceso y me pierdo en sus caricias, en sus besos, que cada vez se hacen más urgentes, y, cuando me pone sobre la mesa, lo rodeo con mis piernas impidiéndole la huida. Estoy cansada de negar y reprimir lo que siento. Lo atraigo hacia mí y me pierdo cuando su evidente deseo choca con mi caliente feminidad. Lo beso con más ardor, con más pasión, y noto su lengua salir al encuentro de la mía. Nuestro beso acalla un gemido que nace de mi garganta cuando Robert me coge de la cintura y me acerca más a él. Noto como me baja los tirantes de la camiseta hasta dejar mis pechos al aire y, pese a que me pongo nerviosa, no le detengo, pues no me imagino estar así con alguien que no sea él. Cuando su mano rodea mi pecho desnudo me tensó, pero es más por el efecto que produce la calidez de su palma sobre él, por la sorpresa ante estas nuevas sensaciones. Después baja un reguero de besos por mi cuello hasta mis pechos. Cuando coge mis pezones entre sus labios soy incapaz de callarme un gemido. Me retuerzo. Robert me devora con absoluta maestría. Todo deja de

existir salvo las sensaciones que me provoca. Me muevo contra él sin saber muy bien lo que busco. Y no es hasta que Robert adentra su mano en la cinturilla de mi pantalón y me acaricia en mi palpitante ser que no descubro que necesitaba ese tipo de liberación. Robert me sigue acariciando, al tiempo que busca mis labios y me hace el amor con los labios y con su mano.

No tardo mucho en explotar y entonces Robert me abraza con fuerza. Parece que mi liberación poco a poco le recuerda a él donde está y lo que hemos hecho, porque lentamente se separa de mí. Yo lo miro contrariada mientras me coloca en su sitio la camiseta y se aparta de mí, como si acabara de hacer algo horrible. Sus ojos dorados me miran serios, ausentes; casi puedo ver asco en ellos.

Me bajo de la mesa creyendo que soy yo la que le he producido ese sentimiento y salgo de la cocina sin levantar los ojos del suelo con la intención de irme de aquí antes de que la situación se vuelva más humillante. Para mí ha sido una de las experiencias más importantes de mi vida y en sus ojos en cambio solo veo arrepentimiento.

—Te deseo, Jenna. —Sus palabras me detienen—. Pero... esto no puede ser..., eres demasiado joven para mí.

—¿Demasiado joven? —Me vuelvo y lo miro entre lágrimas. Él asiente dolido—. Si esa es tu mejor excusa, si piensas de verdad que soy demasiado joven para estar contigo, es que tienes más prejuicios de los que creía. Hubiera encajado que me dijeras que estás con Ainara, con mi hermana, que la quieres, pero no que me ves demasiado joven. Estoy harta de que todos me veáis como una cría. Tendré ese aspecto, pero por dentro soy una mujer hecha y derecha y parece ser que nadie se da cuenta, ni siquiera tú. Adiós, y ve buscando otra niñera, no puedo seguir aquí. Soy demasiado joven para cuidar de nadie.

Cojo mis cosas y me voy destrozada. Nunca imaginé que Robert me juzgaría igual que lo hacen mi madre y mi hermana. Para ellas siempre he sido demasiado infantil. Nunca han entendido que la madurez no la da el no ser feliz, el no sonreír, el no ser soñadora. Nunca me han comprendido y ahora me doy cuenta de que Robert tampoco. ¡Por Dios, tengo casi veinte años y aun así, me ve como una niña!

Pongo la moto en marcha y me alejo de allí, sabiendo que una gran parte de mí se queda atrás.

## CAPÍTULO 9



### ROBERT

Apuro la cerveza y miro el vaso vacío. Hemos venido al pub donde solemos quedar para tomar algo. En la pista hay algunos grupos bailando; nosotros preferimos quedarnos hablando en las mesas. Siento que Ángel y Adair me observan pero los ignoro como llevo haciendo toda la noche.

—¿Nos vas a decir ya qué te pasa?

—No —contesto a Ángel.

—¿Has sabido algo de Ainara? —me pregunta Adair.

—No, pero le he mandado un mensaje diciéndole que tenemos que hablar, que lo nuestro no puede seguir.

—¡Ya era hora! —exclama Ángel, casi gritando—. Te ha costado un poco darte cuenta de que ella no era para ti.

—Era lo cómodo —reconozco al fin.

—¿Y Jenna? —me pregunta Adair.

—Ha dejado el trabajo.

—¿Por? —pregunta Ángel.

—Porque sí.

—Ja, nadie se cree que lo deje porque sí. Os he visto y ella parece más tu novia que su hermana.

—Pues no lo es —le digo a Ángel. Me siguen mirando—. La besé y casi le hago el amor encima de la mesa de la cocina.

Ambos me miran asombrados. Le cojo la cerveza a Ángel y le pego un trago.

—Era cuestión de tiempo que esto pasara. Ambos os deseáis y os queréis. Todos lo hemos presenciado...

—¡Y qué más da lo que sienta! —Estallo cortando a Adair, cansado de negar por más tiempo la verdad—. ¿Qué importa que la quiera como nunca querré a nadie y como nunca he querido? No puedo atarla a mí, por mi egoísmo. Solo tiene quince años.

—¿Se lo has preguntado?

La pregunta de Adair me desconcierta.

—¿O has dado por hecho que tiene esa edad por su apariencia?

Escucho las palabras de Jenna en mi mente cuando me juzgó por tratarla como una niña. ¿Y si me he equivocado?

—Para ser una niña, según tú, no tiene cuerpo de niña.

Sigo la mirada de Ángel y veo a Jenna junto a Matt en la pista. Lleva un top ajustado y una minifalda, y va más maquillada que otras veces. Ella y Matt están tomando unas copas y bailando.

—¿Pero qué diablos...?

Me puede la furia y los celos, que hasta ahora no he querido reconocer, y, ciego, voy hacia ella, la cojo del brazo y, ante la atónita mirada de Matt, la saco del pub. Cuando llegamos a la calle, Jenna se vuelve hacia mí.

—¿Se puede saber qué haces así vestida y pintada como una... como una...?

—¡Por qué no lo dices!, ¡como una puta! No me he pintado como eso y lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia.

—¿No?

—¡No!

—¿Entonces por qué estás en este pub? Sabías que vendría aquí.

—Para fastidiarte, para demostrarte que estoy lejos de ser esa niña que tú crees que soy —reconoce—. ¿Ahora también te parezco una maldita niña?

La miro furioso.

—No deberías estar bebiendo tampoco.

—¡Y qué si lo hago! Tengo edad para hacerlo. —Esas palabras resuenan en mi mente. Si tiene edad para hacerlo, significa que tiene como mínimo dieciocho años, tres más de los que yo pensaba—. ¿Qué edad te crees que tengo? —pregunta adivinando por mis gestos mi desconcierto.

—No importa —respondo, sintiéndome estúpido e imbécil.

—¡Di! ¿Qué años te crees que tengo?

—Quince o dieciséis...

La cara de dolor de Jenna me traspasa y sé que me he equivocado del todo.

—¿Quince o dieciséis...? Ahora entiendo muchas cosas... ¿Por qué no me preguntaste la edad? ¿Por qué no hiciste algo tan sencillo como eso? Si la edad, según tus palabras de esta tarde, era lo que te refrenaba, lo que te impedía desearme..., ¿por qué no me hiciste esa maldita pregunta? —Jenna me mira dolida.

—No lo sé.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Porque preguntarme la edad era aceptar que tenías vía libre para quererme y te daba miedo. Era mejor alejarte. Por eso estás con mi hermana, porque por ella no sientes

nada. Es como si la hubieras elegido a ella precisamente porque es lo opuesto a ti y así no corrías el riesgo de amarla. Es como si temieras amar...

—Yo...

—Yo no valgo ese riesgo. Para ti no soy más que una niña y es mejor que siga siéndolo. Así no te arriesgas a perder tu bien guardado corazón. ¿Y sabes lo peor? Que siempre te has engañado pensando que lo sucedido con tu padre no te había dejado secuela y ahora me doy cuenta de que estabas equivocado. Lo querías a pesar de todo, y perderle te hizo daño. Un niño no puede entender por qué un padre no le quiere. Y de ahí viene todo esto... solo espero que un día puedas superarlo. Yo me marcho mañana con Matt. Tal vez algún día pueda volver a ver a Nora sin que me haga daño tu presencia. Porque, al contrario que tú, yo sí soy lo suficientemente madura para no temer enamorarme, aunque corra el riesgo de perder.

Jenna se da media vuelta y se va. Yo la dejo ir, incapaz de moverme, porque una vez más me ha demostrado que ella sabe ver lo que otros jamás verían, incluido yo mismo. Ella ha sabido ver por qué elegí a Ainara o por qué, hace años, elegí a Elen, sabiendo que ella no sentía lo mismo: porque así no corría el riesgo de amar, el riesgo de perder.

Entro en el pub y veo a Matt con mis amigos.

—¿Y Jenna? —me pregunta preocupado.

—Se ha ido.

—¿Qué le has hecho ahora? ¿No te bastó con lo de esta tarde?

Me paso la mano por la frente, cansado.

—Solo cometí la estupidez de pensar que tenía quince años. —La cara de Matt es de sorpresa—. Lo sé, sé que me equivoqué. ¿Qué años tiene?

—¿Y no crees que esa pregunta deberías habérsela hecho hace tiempo?

—Sí.

—Matt, déjalo. —Adair media entre nosotros—. Supongo que Jenna no es tan joven como creías.

—Dentro de dos meses cumple veinte años, es de la edad de Bianca. ¿Por qué?

—Porque lo fácil era pensar que tenía menos. He sido un estúpido.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Os vais mañana? —pregunto a Matt.

—Sí, ella no quiere seguir aquí y, como yo tengo que irme, se viene conmigo.

—Cuídala.

Sin previo aviso, Matt se abalanza sobre mí y me golpea.

—¡¿Se puede saber qué diablos haces?! —grito.

—¡¿Se puede saber qué diablos haces tú?! Te he visto mirarla, os he visto juntos... ¡Y aun así, la dejas marchar! ¿Acaso no sientes nada por ella?

—¿Y qué importa eso?!

Los guardias vienen a separarnos y salimos a la calle.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Adair, que ha venido detrás de nosotros—. ¿No crees que ya es hora de que luches por Jenna? Lo estás haciendo con Nora.

—Con Nora no luchó, aceptó sin más lo que tenía que hacer. —Matt empieza a tocarme las narices.

—¡Cierra la boca! ¡Tú no sabes nada!

—¡Te equivocas! Sé lo mismo que tú, porque Jenna me lo cuenta todo, y sí, sé lo que es tener un padre que solamente piensa en sí mismo, que está enfermo y no hace nada por superarse. Pero yo no perdería lo que tenéis Jenna y tú por su culpa. Si estás tan ciego que no quieres verlo, es tu problema. Me la llevaré lejos y no la dejaré volver hasta que te haya olvidado. He cuidado de ella desde que tenía tres años y lo seguiré haciendo, aunque tenga que retenerla a la fuerza. Estoy cansado de que la hagas llorar. Ella es más mujer de lo que tú te mereces.

Matt se va, dejándonos solos a Ángel, a Adair y a mí.

—Nosotros no hubiéramos podido decirlo mejor. ¿Y ahora qué?

Miro a Ángel y maldigo.

—¡No pienso perderla!

—¡Al fin! —comenta Ángel.

—A mí también me costó darme cuenta. —Adair me sonríe—. Suerte.

—Gracias. La voy a necesitar.

Me encamino al estudio de Jenna, esperando encontrarla allí. No está lejos del pub, por lo que intuyo que habrá venido aquí; pero cuando toco a la puerta del piso en el que me dijo que vivía al traerla el otro día, nadie responde. Toco varias veces, pero sigo sin escuchar nada.

—Jenna, si estás ahí..., por favor, he sido un estúpido, pero no quiero perderte. Quiero dejar de comportarme como un imbécil...

«¡Maldita sea, estoy hablando con una puerta!»

Cuando voy a volver a llamar, Jenna me abre y la veo ante mí con los ojos llenos de lágrimas, el rímel corrido y, en lugar de la ropa de antes, una bata llena de pintura.

—Estoy de acuerdo en lo de que eres un imbécil.

Sonrío y entro cerrando la puerta tras de mí.

—Te amo desde que te vi —le confieso, dejando por fin de engañarme a mí mismo —, pusiste mi vida patas arriba. He sido un tonto por aferrarme a la excusa de la edad para no aceptar que lo que de verdad me asustaba era perderte. En el fondo sé que no quería averiguar más de lo que veía para evitar enamorarme de ti. Si hubiera pensado un poco, habría caído en que, si eras amiga de Bianca del colegio, debías de tener más o menos su misma edad... A veces es más fácil vivir una mentira. Pero me he cansado de alejarte de

mí.

—Yo... ¿Lo dices de verdad? ¿Y qué pasa con Ainara?

—Como tú bien has dicho, no siento nada por ella. Tenía pensando cortar con ella desde que estuvimos en urgencias con Nora, le mandé un mensaje hace días...

—¿Y ahora?

—Ahora estoy ansioso por saber si no he acabado por estropear el regalo que tú me hiciste al enamorarte de mí, o si sigues sintiendo lo mismo por mí.

Aguardo su respuesta con el corazón en un puño.

—No siento lo mismo por ti.

La miro y de pronto todo deja de tener sentido. Asiento, perdido, y notando como el corazón se me rompe. No me había dado cuenta de lo que tenía hasta que lo he perdido.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, Robert. Ahora te conozco más, ahora sé más de ti. Ahora... te quiero mucho más que antes —dice Jenna con una sonrisa, y yo sonrío aliviado.

—Lo has hecho aposta.

—Te lo mereces por las veces que me has hecho llorar.

—Nunca más.

—Nunca.

Abro los brazos y Jenna acude a ellos para fundirnos en un beso que selle nuestra relación. La beso con toda la pasión contenida, ya sin guardarme nada y sin negar lo que siento. Lo que sentimos. Sus manos acarician mi pecho, tan urgentes como los mías, y, ahora que hemos empezado, nuestra pasión nos arrastra.

La quiero más de lo que jamás pude pensar que se podría querer y ahora soy consciente de que llevo toda la vida evitando sentir algo por alguien... hasta que Jenna se coló como un duendecillo en mi vida.

## JENNA

La pasión que ya sentimos esta tarde se desata una vez más entre los dos, pero en esta ocasión nada puede detenernos. Me besa al tiempo que lleva sus manos a mi bata y empieza a desabrocharme uno a uno los botones sin dejar de besarme. Cuando termina, la bata se abre mostrando mi ropa interior. Robert me acaricia con sutileza, encendiendo aún más mi fuego. Se separa y me devora con la mirada antes de quitarme la bata y dejarla caer al suelo. Me quedo expuesta ante sus ojos dorados que, enfebrecidos por la pasión, no dejan de observar cada curva de mi cuerpo, y veo en ellos que le gusta lo que ve. Me acaricia los pechos por encima del sujetador y noto como mis pezones se erizan ante su contacto.

—Eres preciosa.

—Tú tampoco estás mal. —Sonríó y tiro de su camiseta—. Aunque estás mejor sin ropa.

Se ríe por mi espontaneidad y se quita la camiseta ante mi atenta mirada, por lo que su cincelado pecho queda expuesto ante mis ojos.

Lo acaricio como artista y como mujer enamorada, sabiendo que no tardaré mucho en plasmar tanta belleza en un lienzo y, ahora sí, sin miedo a lo que esto pueda significar. Me acerco y dejo un reguero de besos por su pecho hasta que Robert me levanta en brazos y reclama mis labios. A pasos ciegos llegamos a mi pequeña cama y me deja sobre ella sin parar de besarme. Mis manos acarician su cuerpo, las suyas no dejan rincón sin explorar. Me quita el sujetador y recorre mi cuello con sus labios hasta llegar a mi pecho. Anticipo lo que sentiré cuando me bese justo ahí y, aunque estoy preparada, cuando coge uno de mis pezones entre sus labios no puedo evitar un gemido de placer. Lleva sus manos a mis braguitas y me las quita con mi ayuda. Me acaricia allí donde ardo de placer y me cuesta mucho contener lo que siento. Tiro de su vaquero y Robert se separa para quitárselo y buscar en su cartera un preservativo. Lo miro mientras se lo pone y no puedo evitar pensar que es espléndido, todo él es maravilloso. Mi corazón, que ya de por sí late rápido, se acelera aún más cuando se sitúa entre mis piernas y, sin dejar de mirarme un solo instante, se adentra en mí. Veo la sorpresa en sus ojos cuando nota mi virginidad, pero me muevo un poco para acogerlo mejor y que pase este molesto dolor y le suplico:

—No te detengas.

Y no lo hace. Se mueve dentro de mí, despacio, y poco a poco el dolor inicial se transforma en placer. Sigo sus embates sintiendo cómo me llena. Cómo me colma por completo. Me besa y me hace el amor con sus labios al tiempo que lo siento entrar y salir dentro de mí. Me muero de placer. Nunca imaginé que esto fuera así. Y sé que una de las razones de que sea tan intenso es por lo mucho que lo amo. Intensifica las embestidas y, sin poder contenerme más, estallo como si me rompiera en mil pedacitos. Me sigue y me abraza con fuerza mientras nuestros corazones recuperan su ritmo habitual. Feliz como nunca, salgo del cobijo de sus brazos y lo beso con todo el amor que siento.

—Te quiero —le digo antes de que nos movamos, y él se recuesta en la cama para que mi cabeza descansa en su pecho.

No recuerdo la última vez que me sentí tan feliz, tan completa, tan amada.

\* \* \*

Me despierto sintiendo el sol en mis ojos y, al abrirlos, observo a Robert contemplarme, con el sol del amanecer detrás de él. Le sonrío absorbiendo este momento.

—Pareces el mismo sol —le digo a Robert sonriendo. Él me devuelve la sonrisa, mostrándome sus perfectos dientes blancos, y luego baja la cabeza para besarme.

—Buenos días. No sabía que...

—Lo noté en tu cara.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Me río por su preocupación y Robert acaba por hacerme cosquillas. Como

la cama es pequeña acabamos los dos en el suelo, yo sobre él.

—Me parece increíble estar así contigo —le digo acariciando su cara.

—He dado muchas vueltas para acabar aquí.

—Os quiero a los dos.

—Lo sé. Y Nora también te quiere.

Suena el móvil de Robert, que se levanta para cogerlo. Mientras, me pongo la bata y voy a por mi libreta de bocetos para dibujar su espalda desnuda. Lo escucho hablar en voz baja, pero estoy tan centrada en mi boceto que no presto atención a la conversación.

—Era Ainara... —Dejo de golpe el boceto y lo miro ante mí—. ¡Eh, no pienso dejar que me enseñes desnudo por ahí!

Me quita el boceto.

—No voy a enseñárselo a nadie. No enseñé mis pinturas a mucha gente.

—Pues deberías, tienes un gran talento.

Le sonrío. Me tiende el cuaderno, por lo que continúo dibujando. Entre tanto, Robert se pone los pantalones, yo me he puesto la bata antes de levantarme. Cuando estoy casi acabando el boceto, recuerdo lo que me dijo: «Era Ainara».

—¿Qué quería mi hermana? —pregunto con miedo.

—Mucho has tardado en preguntar.

Está observando mis pinturas. Me levanto y voy a su lado.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto dubitativa y agacho la cabeza. Robert me alza la barbilla.

—Nunca te escondas. Tienes que estar orgullosa de ser como eres, Jenna. Nunca dejes que nadie te destruya simplemente por no comprenderte.

Le sonrío y, cuando me besa, en mis labios sigue aún la sonrisa que él ha creado.

—Me ha comentado que tiene algo importante que decirme, he dicho que yo también..., aunque ya debe de intuirlo por el mensaje que le mandé.

—¿Qué le pusiste?

—Que no quería seguir con nuestra relación.

Eso me hace sentir mejor. Como Robert ya le ha comunicado a Ainara su intención de romper, no siento que me esté metiendo entre ellos dos.

—¿Qué crees que podrá ser? —digo llevándome la mano al estómago, pues he tenido una mala sensación.

—Tranquila, seguramente solo quiere dejarlo. Querrá quedar como que la que me deja es ella, olvidando mi mensaje.

Robert me besa el cuello y asiento, pero por dentro sigo estando inquieta.

—Anda, enséñame tus pinturas.

Lo hago y Robert las halaga. Por su cara sé que lo dice de corazón. A Matt también le impresionaron y lo mismo pasó con mi padre cuando vino la semana pasada.

—El otro día mi padre se ha llevado uno de mis cuadros para su despacho.

—Son preciosos. El que me hiciste por mi cumpleaños lo puse en mi cuarto.

—Pensé que no te había gustado...

—Me encantó, Jenna. Es hora de que empieces a creer en tu arte.

—Lo haré.

Nos vestimos para ir a casa de Bianca y Albert a por Nora, pero primero pasamos por la de Robert para que pueda cambiarse de ropa y desayunar.

—La echo de menos, y eso que solo hace unas horas que no la veo —dice mientras vamos en el coche.

—A mí también me pasa.

Robert pone su mano sobre la mía y, cuando llegamos a casa de Bianca, al tocar la puerta no suelta mi mano, por lo que le digo:

—Van a ver...

—Todos lo intuían —me corta—. Por cierto, tienes que llamar a Matt, aunque ayer tuvimos unas palabras.

—¡¡Matt!! Había quedado con él para irme... —Busco mi móvil y lo llamo—. Tengo que hablar con él. —Robert pone mala cara—. Vamos, no seas celoso.

—No lo soy. —Pero lo dice con la boca pequeña y eso hace que me ría.

Cuando el mayordomo de Bianca y Albert nos invita a pasar, Robert me coge de la mano y tira de mí. Mientras, hablo con Matt, que ya se lo había imaginado cuando fue a mi estudio esta mañana y no me vio en él. Se despide de mí, prometiéndome que regresará pronto.

—Se va de viaje.

—Qué pena —dice con ironía.

Le doy un codazo en el momento que llega Albert.

—La pequeña está con Bianca en la piscina. ¿Hoy también trabajas, Jenna? Lo vas a arruinar.

Robert lo mira con cara de pocos amigos y Albert se ríe.

—Me alegro por vosotros. Si quieres, Robert, como intuyo que las mujeres querrán hablar de cosas de chicas..., te espero en mi despacho y miramos unas cosas.

Robert asiente y nos acercamos a la piscina para ver a Nora y darle un beso. La pequeña chilla de alegría al vernos y empieza a chapotear como loca en la piscina. Robert la coge, sin importarle que le moje su camisa, y le da un beso; luego me la pasa y, tras besarme, se va. Sé que lo ha hecho sin darse cuenta y que ni siquiera ha pensado en la presencia de Bianca. Esta me mira asombrada y, cuando perdemos a Robert de vista,

rompe a reír.

—Por fin. Os ha costado un poco, ¿no?

—Sí.

—Tengo bañadores en la sala, te espero aquí.

Voy a cambiarme y, cuando vuelvo con ellas, le pongo a Bianca al día de todo. Cojo a Nora y la acerco a mí; esta me abraza y luego chapotea.

—Algo te preocupa, lo veo en tus ojos.

—Es Ainara. ¿Y si ella está enamorada de él? Me siento egoísta.

—Ella lleva siéndolo toda su vida. ¿Sabes por qué siempre te ha marginado? Porque en el fondo sabe que si tú te decidías a brillar en las fiestas, lo harías mucho más que ella. Ainara te envidia, y no solo porque tú sí tienes la misma sangre que vuestro padre.

—No lo sé...

Le cuento la conversación telefónica de esta mañana con Robert y pone mala cara.

—Espero que no sea nada lo que le tenga que decir.

—Tú también dudas.

—Sí.

Nos quedamos jugando con Nora. Mientras la secamos, observo a Bianca llevarse la mano al vientre sin darse cuenta.

—¿De cuánto estás?

—¿Tanto se nota? —Asiento—. Aún no estoy de dos meses, pero me da miedo decirlo por si lo pierdo... Estoy esperando a estar de tres meses para celebrarlo. Tuve una amenaza de aborto al poco de saber que me había quedado y tengo miedo desde entonces.

—¿Estás bien?

—Sí, me hace feliz tener un bebé de Albert y él está como loco. No quiero perderlo, es mi pequeño.

—No lo harás.

Nora se entretiene jugando con unos juguetes que hay en su toalla y me siento cerca, frente a Bianca.

—¿Crees que cuando Nora crezca y Robert tenga más hijos, se sentirá desplazada como le pasa a Ainara? —le pregunto a Bianca.

—No lo sé. Hay personas que no son felices con la realidad y les gusta liar las cosas. Ainara siempre ha tenido un padre que la adora, aunque no haya sabido verlo. Y a pesar de que tu padre la quiere, y tú también, nunca ha sido una buena hermana contigo.

—Robert es el padre de Nora en todos los sentidos, va a hacer más de padre que de hermano.

—Sí, lo sé.

—No quiero que Nora sienta la ausencia de esa figura en su vida.

—Jenna, te conozco lo suficiente para saber que si sigues con Robert y tenéis hijos, al igual que tu padre, tú querrás a todos por igual. Padre es quien te cría. El mío lo es por derecho de nacimiento, pero yo no sé lo que es tener un padre. Y quien lo tiene... no sabe valorarlo. La culpa es de Ainara.

—Sí, pero no quiero hacerle daño.

—¿A costa de tu felicidad?

No respondo y Bianca lo adivina.

—No lo hagas, Jenna; Ainara no quiere a Robert. Y mucho menos a Nora.

—Lo sé..., pero me preocupa qué pueda ser «eso» que quiere decirle. Tengo miedo de perderlos.

Poco después aparecen los chicos y Robert se sienta a mi lado. Pasamos la mañana hablando con Albert y Bianca y cuando llega la hora de dar de comer a la pequeña, Bianca nos comenta que ya había mandado a la cocinera prepararle algo rico a la niña. Al final nos quedamos a comer con ellos. Trato de sentirme feliz por estar al lado de Robert, por ver su sonrisa cuando me mira, por recibir sus caricias disimuladas por debajo de la mesa. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en Ainara.

Cuando llegamos a la casa, Robert no deja que me vaya, dice que Nora me necesita. Y solo cuando estamos juntos en la cama y me confiesa que él también me necesita, me olvido por completo de Ainara y solo quedamos él y yo.

## CAPÍTULO 10



### JENNA

Me levanto temprano y observo a Robert dormir, iluminado por la débil luz del amanecer. Me parece increíble que lleve todo el fin de semana en su casa. Sin hacer ruido, bajo a su estudio a por unos folios y no tardo en subir con ellos y un lápiz para pintarlo. Me siento en el butacón que hay cerca de la cama y empiezo a dibujarlo aprovechando que duerme. Su pecho desnudo al descubierto, pues la sábana la tiene enredada en la cintura. Mientras su retrato va tomando forma, admiro una vez más cada centímetro de su piel. No me puedo creer que hace tan solo unas horas mis manos recorrieran su cincelado cuerpo, de la misma manera que ahora mi lápiz lo plasma en el papel. Esto es mucho más intenso que mis sueños, y más peligroso, pues si se torna pesadilla, sufriré mucho... Desecho ese pensamiento y me centro en la cara de Robert. Miro el boceto, algo falla y, cuando alzo la vista para mirar el qué, encuentro a un sonriente Robert mirándome.

—Espero que ese dibujo sea para tu colección privada.

—¿Por quién me tomas? No quiero compartirte con nadie.

Robert se ríe y tira de mi mano para llevarme a la cama con él. Me besa y me deleito con sus caricias. Al poco se separa y me mira acariciando mi mejilla.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Cuando comamos quiero ir al instituto para ver mis notas. Aunque estudio a distancia y me mandan los resultados por correo, siento curiosidad por saberlas ya.

—Si quieres te acompaño... te acompañamos.

—Me gustaría. Y luego podríamos ir a algún sitio los tres.

—Me parece bien. —Robert me besa y se ríe cuando Nora empieza a llorar—. Te toca preparar el desayuno mientras yo me ocupo de la niña.

—Ya estás cambiando las costumbres, ¿eh? —Robert me sonrío mientras se viste y se va a ver a Nora.

\* \* \*

Salgo del instituto exultante y, cuando entro en el coche de Robert, lo abrazo y lo beso.

—¡He aprobado!

—No esperaba menos.

—Soy muy mala en los estudios.

—Porque no has estudiado lo que te gusta. ¿Vas a estudiar Bellas Artes?

Me acomodo en mi sitio y me pongo el cinturón.

—No lo había pensado...

—Si es lo que te gusta, al final tu madre lo comprenderá. —Asiento y le miro sonriente.

—¿Dónde vamos?

—Se me ha ocurrido un lugar.

\* \* \*

Doy otro mordisco a mi hamburguesa y me río cuando Nora tira su bebida sobre la comida de Robert.

—No tiene gracia.

—Para mí sí, y para Nora también —digo, pues la pequeña se está riendo de la cara de su hermano.

Hemos venido a merendar a una hamburguesería. Es la primera vez que Nora prueba las patatas fritas y parece que le han gustado.

Robert tira su hamburguesa, ahora mojada por la gracia de Nora, a la papelera que hay cerca y me quita mis patatas cuando regresa.

—¡¡Eh!! Que son mías —le digo fingiendo estar ofendida.

—Eso te pasa por reírte de mí.

Después de merendar, vamos a dar un paseo por el centro comercial. Robert me besa cuando menos me lo espero y eso me hace feliz. De regreso al pueblo, le pido que pasemos un momento por mi estudio y, cuando llegamos, me dice que coja algo de ropa y que me espera abajo.

Al llegar a su casa hemos acostado a la pequeña y nos hemos sentado a ver la tele en el salón.

—La noche que Ainara te llevó a la fiesta yo me imaginaba estar así contigo —Reconozco entre sus brazos.

—Yo también lo había pensado. Me atraía más esa idea que la de ir a la fiesta.

Robert no tarda mucho en alcanzar mis labios y la película deja de atraernos a ambos; tenemos cosas mejores en mente. Me siento feliz pero... Ojalá esta sensación que siento de que algo no va del todo bien no sea más que eso: una sensación.

## ROBERT

Llego al trabajo pensando en Jenna. No he dejado que se vaya a dormir por las noches a su estudio. Nunca he compartido esta clase de intimidad con nadie, ni siquiera con Ainara. Con ella nunca he sentido la necesidad de convivir, pero con Jenna no espero

otra cosa. Es como si fuera lo más acertado, lo más correcto. Pese a eso, no dejo de pensar en Ainara, y no precisamente porque sienta nada por ella, sino porque me inquieta lo que tenga que decirme.

\* \* \*

—Robert, George quiere hablar contigo. —Asiento a la secretaria y miro intrigado a Albert mientras me levanto.

—Yo no sé nada, pero dudo que sea algo referente a Jenna.

Voy hacia el despacho de George. Es cerca del mediodía y, por lo que parece, el trabajo se va a alargar y vamos a salir más tarde de lo habitual. Su secretaria me abre la puerta del despacho y entro en él.

George está hablando por teléfono, pero al verme me saluda en silencio y me tiende unas carpetas. Las tomo y las ojeo mientras él termina. Enseguida me relajo al comprobar que son para el proyecto. Alzo la vista más calmado y mis ojos van a parar a un bello cuadro. Nada más verlo, sé que es uno de los lienzos de Jenna.

Me acerco a él y admiro la obra.

—Es bonito, ¿verdad?

—Sí, es increíble. Jenna es una pintora maravillosa.

—Por lo que veo, Jenna te ha mostrado sus cuadros —dice George a mi lado.

Lo miro temiendo haberme delatado, pero George me observa como siempre.

—Sí, pero ella no es consciente de lo buena que es. Le falta seguridad en sí misma.

—Así es. Veo que la conoces bien, aunque, claro, es normal, pasáis muchas horas juntos. Ojalá un día Jenna también encuentre un joven tan bueno como tú, al igual que su hermana.

George va hacia su mesa mientras me quedo observando el cuadro, sintiéndome de repente un miserable. ¿Qué estoy haciendo? No dudo que quiero estar con Jenna, cueste lo que cueste; sin embargo, todos piensan que sigo con Ainara. No estoy actuando bien. El problema es que no puedo evitar estar con Jenna esperando que Ainara regrese y la verdad salga a la luz. Solo espero que, cuando esto suceda, George no cambie la opinión que tiene de mí. Lo admiro mucho y no me gustaría defraudarlo.

\* \* \*

Cuando llego a casa, Jenna está dormida en el sillón, con su cuaderno de bocetos en el suelo y las manos llenas de manchas de pintura. Sonrío y me quedo un rato observándola, simplemente por el placer de mirarla.

Pasado un tiempo, decido ir a darme una ducha tras ver cómo está Nora, que también descansa en su cunita.

Al salir de la ducha, me pongo una toalla en la cintura para vestirme en mi habitación. Abro la puerta del baño, que está en mi cuarto, y me encuentro con Jenna sentada en mi cama, sonriéndome, y noto como sus intensos y grandes ojos verdes bajan por mi cuerpo de manera descarada.

—Esta mañana se me olvidó decirte una cosa.

Me sorprende su comentario y lo primero que pienso es que se refiere a algo que ha hecho con Nora.

—¿El qué?

—Que te quiero —me dice sin más.

Su «te quiero», dicho de esa forma tan casual y normal, se cuela en mí, y no puedo evitar acercarme a ella a besarla. Jenna sigue mis besos y pronto nos enredamos en un mar de pasión. Nunca tengo suficiente de ella. Soy tan feliz a su lado que, cuando más feliz me siento, más miedo me da que esto solo sea un paréntesis en mi vida; que pronto cada uno vuelva a su sitio y la pierda. No sé cómo podría vivir sin ella.

## CAPÍTULO 11



### JENNA

Observo los trazos de la pintura y miro al modelo, que hoy está casi desnudo. El profesor pasa por mi lado y me mira, esperando que me haga a un lado y le deje ver mi obra. Tras un instante de duda, lo hago, pero lo observo inquieta mientras él la estudia y observa al modelo.

—Vas por buen camino, pero si hicieras...

Me da varios consejos que acepto encantada y, en cuanto los pongo en práctica, el cuadro cobra vida bajo su atenta mirada, momento en que asiente y se marcha.

Sigo con el lienzo hasta que es la hora de irnos; incluso me quedo un poco más para terminarlo. Ya se han ido todos y estoy en la clase sola. Y me pongo a pensar en Robert. Llevamos casi una semana juntos. Estos días han sido como un sueño para mí. Nunca esperé sentirme así con alguien y lo único que empaña mi felicidad es el recuerdo de mi hermana y la sensación de que la estoy traicionando.

Doy la última pincelada y lo miro. El chico ya se ha ido, pero creo que me ha quedado muy parecido y lo mejor es que no he pintado a Robert —cosa francamente difícil, pues no dejo pensar en él—. La puerta se abre y, creyendo que es un compañero, lo ignoro y sigo a lo mío hasta que siento que se pone a mi lado y mira mi cuadro. Enfadada, me giro para decirle que deje de hacerlo, pero con quien me topo es con Robert que no mira con muy buena cara el cuadro.

—Eres un celoso —le digo alzándome para enredar mis manos en su cuello y robarle un beso. Un beso que no me devuelve, pues sus ojos dorados siguen fijos en mi lienzo—. Es solo un modelo, tengo que aprender a pintar el cuerpo humano.

—Bien. —Robert se separa y va hacia la puerta para cerrar con un clic; seguidamente se quita la camiseta y se queda en vaqueros—. Píntame a mí.

Me quedo sin palabras cuando viene hacia mí semidesnudo y con esa seguridad en sus ojos dorados.

—¿Y Nora?

—Con su madrina. ¿Por qué dudas?

—Esto me parece ridículo..., yo ya te he pintado cientos de veces.

—¿De verdad? —Asiento—. ¿Y qué hay de malo en una más?

Robert me roba un beso que me deja atontada, se sienta donde antes estaba el modelo y me mira fijamente, a la espera de que mis manos den vida a su imagen.

Entonces cojo un nuevo lienzo y empiezo a retratarlo como tantas veces he hecho, aunque esta vez sí lo tengo como modelo. Se me hace raro que pose para mí. Y más cuando cada vez que levanto la vista del lienzo y la dirijo hacia él para dibujarlo mejor me cruzo con su mirada, que está fija en mí sin perder detalle. Dibujarlo y tenerlo vestido solo con esos vaqueros desgastados ha hecho que se caldee mi sangre, más cuando mis manos trazan sus músculos, esos que tantas veces he acariciado en la oscuridad de su cuarto y besado hasta arrancarle un suspiro. Conforme el cuadro avanza, aumenta mi deseo. Me cuesta centrarme en la obra, pues me muero de ganas por acariciarlo, como está haciendo el carboncillo con mi lienzo.

Mi respiración se acelera e, incapaz de resistir más la tentación, lo dejo todo y voy hacia él para coger su cara entre mis manos y besarlo hasta que los dos nos olvidamos de que estamos en una clase que no es ajena a las visitas y que deberíamos irnos, hasta que unos nudillos tocan a la puerta. Me separo y, mortificada, voy a recoger mis cosas a la vez que Robert se pone la camiseta y abre sonriente, como si hace unos instantes no hubiéramos estado a punto de perdernos el uno en el otro.

Mi compañera entra a por unas cosas y observa a Robert con interés, por lo que llego a su lado y tiro de su mano. Cuando se marcha, él me dice:

—Hablando de celosos...

—Que te den.

Se ríe de mí y me besa antes de salir del centro.

Robert conduce hasta el pueblo. Me ha dicho que mañana me traerá para que recoja mi moto. Aparca junto a un bar en el que nunca he estado y lo miro con curiosidad cuando abre la puerta para bajarse. Lo imito y cierra el coche. Cuando va a darme un beso, me aparto al ver que unas chicas se nos quedan mirando.

—A ojos de todos sigues siendo novio de Ainara —le comento.

—A los míos, no.

—Es mi hermana.

—De acuerdo, solo vamos a tomar algo con Adair y Ángel, que me llamaron para decirme que estaban aquí, y luego nos vamos a por Nora.

—No hay prisa, podemos quedarnos el rato que quieras...

—¿Y pretendes que aguante todo este tiempo sin besarte? No me apetece ser torturado.

Le sonrío y entro en el bar, feliz por saber que siente el mismo deseo que yo de acortar la distancia que nosotros mismos nos imponemos.

Encontramos a Adair y Ángel al fondo, cerca de la mesa de billar. Laia también está con ellos y, al verme, viene corriendo a saludarme. Saludo a todos y me siento en la mesa con Laia, mientras los chicos se pican al billar. Un joven al que no he visto nunca se une a la partida con Robert. Nos traen unos refrescos mientras observamos la partida. Robert rompe las bolas y mete una lisa. Me mira y me guiña un ojo, y yo le devuelvo el gesto.

—Estás coladita por él.

—No pienso negar lo evidente.

—¿Y sabéis algo de Ainara?

—No, y cada día que pasa temo más lo que pueda decirnos.

—Robert te ha elegido a ti. Todo saldrá bien, el amor triunfará.

Al final sonrío por su vena romántica y me dejo llevar por unos instantes por su positividad.

Sigo la partida mientras hablo con Laia. Cada vez que Robert me mira me cuesta mucho no ir hacia él y besarlo, y más tras lo sucedido esta tarde.

Cuando nos despedimos y entro en su coche, miro a mi alrededor por las ventanillas para asegurarme de que no hay nadie antes de coger su cara entre mis manos y darle un beso; un beso que me sabe a poco, pues la prudencia nos hace separarnos antes de lo deseado.

Una vez que hemos recogido a Nora de casa de Bianca y volvemos a casa, Robert la baña para acostarla mientras yo preparo la cena. Me cuesta concentrarme en lo que estoy preparando. Mi piel sigue vibrando por sus caricias y mis labios claman a gritos un beso más.

Justo cuando aparto la comida del fuego, escucho a Robert entrar a la cocina. Se pone tras de mí y posa una de sus manos en mi cintura mientras con la otra me aparta el pelo y me deja un reguero de besos por la nuca. Me echo hacia atrás y apoyo mi cabeza en su pecho.

—Se va a enfriar la cena —le digo cuando mete su mano bajo mi camiseta y sube hacia mis pechos.

—Ahora mismo no tengo hambre precisamente de eso. —Y dicho esto, me gira y devora mis labios con los suyos.

Nos besamos como si no existiera un mañana, presos de esta pasión que hemos ido avivando a lo largo de toda la tarde. Ahora ya no hay excusas para contenernos, no existe nada salvo nosotros dos.

Robert se separa para tirar de mi camiseta y le ayudo a quitármela. Me coge en volandas y me lleva hasta la mesa de la cocina, dejándome sobre ella. Me besa de nuevo. Mis piernas rodean su cintura y noto como su miembro crece bajo mi caliente sexo, que se muere por sus caricias. Se separa y coge mi cara entre sus manos. Me mira con tanto amor que me desarma y me hace quererlo aún más, si es que eso es posible.

Tiro de su camisa. Se la quita y aprovecho su semidesnudez para besar su torso, sin dejarme ningún recoveco por explorar. Noto como su pecho sube y baja cada vez más rápido. Tiro del botón de sus vaqueros, pero solo me deja abrirlos. Me sujeta las manos antes de tirar de mi sujetador y dejar mis pechos expuestos a su dorada mirada. Sube una de sus manos por ellos y los acaricia mientras sus labios asaltan los míos y su otra mano baja por mi cintura para quitarme mis pantalones y mi ropa interior. Me quedo desnuda ante él. El beso cada vez es más intenso, el calor aumenta en este cuarto. Lo necesito por entero y parece que él también, pues se separa lo justo para quitarse la ropa y ponerse la

protección antes de entrar en mí con una certera estocada.

Nos quedamos quietos. Mi verde mirada se entrelaza con la suya dorada antes de movernos. Antes de que con sus embestidas aumente mi placer. Me muevo notando como mi cuerpo lo acoge en mi interior y como con cada embate mi placer se desborda.

Estoy cerca de explotar cuando se detiene y me acaricia la mejilla antes de apoyar su frente en la mía.

—Te quiero.

Sus palabras me conmueven y lo abrazo con fuerza al tiempo que nos movemos para alcanzar el ansiado orgasmo y, cuando este al fin llega, me roba un te quiero que Robert atesora entre sus labios mientras juntos nos dejamos ir.

\* \* \*

No sé qué hora es cuando me despierto. Abro los ojos poco a poco y busco a Robert a mi lado en la cama, sin encontrarlo. Me incorporo y, cuando miro el reloj, me levanto de golpe al ver que son más de las diez. Me pongo las zapatillas y voy al cuarto de Nora, pues Robert hace rato que se ha debido de ir a trabajar.

La niña no está en su habitación y, asustada, bajo las escaleras casi corriendo. Al llegar al salón, dos pares de ojos dorados me observan divertidos.

—¿Te has caído de la cama? —me pregunta guasón Robert.

—No seas tonto. Pensé que te habías ido y que Nora estaba sola... —Me acerco a él y tira de mí para que me siente sobre sus piernas. Me acurruco en su pecho para que se me pase el susto y espabílarme mejor—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has ido a trabajar?

—Tengo el día libre y había pensado llevarte a un sitio. —Me incorporo y lo miro ilusionada—. No te lo voy a decir. Así que, cuanto antes te arregles...

No le dejo acabar. Le robo un beso, le doy otro a Nora en la mejilla y subo corriendo a pegarme una ducha rápida y vestirme.

Una vez lista bajo de nuevo al salón. Robert está guardando unas cosas en una cesta. Me tiende un café con leche como me gusta y me lo tomo mientras le ayudo a preparar a Nora. Con todo listo, vamos hacia su coche. Sentamos en su sillita a Nora, que no deja de reír, y Robert le deja varios de sus juguetes en el asiento para que se entretenga. Me monto al lado de la pequeña por si necesita algo y emprendemos el viaje. Robert me mira cada poco tiempo por el retrovisor para ver cómo vamos y le regalo varios besos al aire.

Me giro hacia Nora y acaricio su manita y, como si supiera que algo me preocupa, coge mi dedo entre su manita y me aprieta fuerte. Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Ya hemos llegado —anuncia Robert cuando llevamos una hora de viaje, en la que he visto cómo cambiaba el entorno a nuestro paso.

Me asomo por la ventanilla y observo una preciosa cala desierta. Miro ilusionada a Robert.

—Esta vez quiero ser yo el que te regale un paisaje.

Me conmueve su gesto y salgo del coche admirando la zona con ojos de pintora. Apreciando la belleza de este lugar que parece casi virgen e inexplorado.

—Ten, creo que esto te hará falta. —Robert me tiende mi cuaderno de bocetos y mi estuche de pinturas.

—Vaya, has pensado en todo —digo cogiéndolo y me alzo para robarle un beso.

Me separo cuando Nora nos reclama y Robert se va hacia ella para sacarla del coche.

Nos ponemos bajo una sombra. Mientras Robert monta una pequeña tienda de campaña para la niña y la llena con sus juguetes, yo me pongo a pintar. Pero entonces escucho las risas de Robert y Nora y, casi sin darme cuenta, me olvido de captar la belleza de este paisaje, para centrarme en la de estos dos hermanos que se aman con locura y que son el uno para el otro.

A la hora de la comida he hecho decenas de bocetos y casi todos de estas dos personas que tanto quiero. Dejo el cuaderno y las pinturas a un lado y me pongo a jugar con Nora mientras Robert lo prepara todo para dar de comer a la niña. Viéndonos así a los tres, pasando un día de pícnic en esta maravillosa cala, parecemos una familia feliz. Lástima que esta felicidad se vea empañada por la incertidumbre de qué pasará cuando regrese Ainara. Tengo miedo de perderlos.

—¿Qué te preocupa?

—Eh... Nada.

—Es por Ainara, ¿no? —Asiento—. No pasará nada, todo saldrá bien.

Sonríó para no preocuparle y me acerco para darle un mordisco a su bocata. Me entra la risa cuando se hace el ofendido y me cuesta mucho pasar el bocado, casi me atraganto.

Después de comer, guardamos todo en la cesta y Nora se queda dormida en su carrito. Robert se apoya en el árbol y yo en su pecho. Nos quedamos así, relajados y sin tener que llenar el silencio con incómodas conversaciones, algo que siempre me ha apurado.

—Cuando perdí a mis abuelos me sentí perdido. —Me alzo para mirarlo. Robert nunca ha hablado conmigo de sus abuelos; al menos, no de lo que sintió con su pérdida—. Eran mis padres para mí. La estabilidad de un hogar. Creí que nunca volvería a tener eso, pero ahora que os tengo a las dos, siento que poco a poco estoy recuperando lo que perdí cuando murieron.

Le acaricio la mejilla con ternura.

—No debió de ser fácil para ti.

Él niega con la cabeza.

—Eran muy mayores. Sabes que se irán pronto, pero eso no evita que cuando se marchen te quedes destrozado y los eches de menos.

—Te entiendo.

—Y además, mientras los perdía, tenía que hacer frente a ser hermano y padre de Nora. Ella me ayudó en parte a llenar ese vacío que se había instalado en mi pecho; no

tenía tiempo para hundirme. —Lo abrazo con fuerza—. Pero ahora que te tengo a mi lado es cuando de verdad siento que estoy menos solo. Tú me has enseñado a amar y a transformar ese miedo que tengo a perderte en mil razones para reconquistarte cada día.

Me alzo y capturo sus labios, y lo que empieza siendo un beso tierno se convierte pronto en uno más pasional. Nos enredamos en una danza de besos y solo me detengo cuando Robert se levanta y tira de mí hacia la playa.

—Necesitamos un baño de agua fría...

—No tengo bañador.

—Te prometo que no pienso quejarme por eso —me dice pillo mientras se quita su camiseta. Al bajarse los pantalones, descubro que él sí lleva bañador.

—Deberías haberme avisado. ¿Y si viene alguien?

—No creo que lo hagan a estas horas y, si lo hacen, te protegeré. —Me guiña un ojo y me da un espontáneo beso antes de ir hacia el agua.

Miro a mi alrededor. No hay nadie y no pasan muchos coches por aquí. Nora sigue dormida no muy lejos a la sombra, donde corre una pequeña brisa que hace que se esté a gusto. Miro a Robert, que me espera con el agua por las rodillas. Su sonrisa distendida es lo que me hace quitarme el vestido e ir hacia él con mi ropa interior oscura —por suerte, parece un bikini.

Llego a su lado y le tiro agua, él hace lo mismo y trato de hacerle una aguadilla. Al final acabamos hundidos los dos entre risas. Cuando emergemos, me lanzo a besarlo. Me gusta este lado espontáneo de Robert. Tengo la sensación de que lo dejó olvidado tras lo de sus abuelos y lo de Nora, y me gusta saber que conmigo es él mismo, ese joven de veinticinco años alegre y despreocupado que era antes. Todo el mundo necesita darse un respiro de las responsabilidades para volver a ser ese niño que juega y ríe feliz, esa persona espontánea y que solo piensa en hacer algo estúpido que deje de lado todo lo demás.

Cuando regresamos con Nora me duele la garganta de tanto reír y me doy cuenta de que durante unas horas no ha existido nada más salvo nosotros tres y nuevamente, mientras me seco, pienso que ojalá nada nos robe esto.

## CAPÍTULO 12



### JENNA

Observo atónita a Laia mezclar patatas con sabor a queso con helado, y Dulce ríe al ver mi cara de asombro.

—Es algo habitual en ella —me explica haciendo lo mismo.

—Yo ya tengo el estómago demasiado revuelto por sí solo como para... —Bianca calla de repente al darse cuenta de lo que acaba de confesar con eso.

Las chicas se la quedan mirando un segundo con los ojos muy abiertos. Laia grita emocionada, Dulce sonrío dándole la enhorabuena y Bianca al final nos confiesa la verdad.

—Sí, estoy en estado, pero no quería decíroslo todavía por miedo a perderlo. Tengo tantas ganas de tener este bebé, que me da miedo que suceda algo y...

—No pienses en eso —le dice Laia feliz—. Todo saldrá bien. ¡¡Chicas, hay que celebrarlo!! Creo que no he traído suficientes dulces. —Y sale corriendo hacia la cocina.

Yo miro la mesa auxiliar de su cuarto, toda llena de bollos, helado y patatas de todos los tipos, y pregunto alarmada:

—¿No es suficiente? —Dulce se ríe y me dice que me deje llevar—. No sé si mi estómago va a soportarlo.

Cuando Laia regresa con un paquete de chokolatinas, nos sentamos alrededor de la mesa y miramos a Bianca mientras nos cuenta cómo se encuentra.

Laia pone la mano sobre el aún poco abultado vientre de Bianca y dice:

—Qué raro es pensar que aquí esté creciendo una vida. Es maravilloso.

—Lo es. —Bianca lo dice con los ojos llenos de lágrimas; no ha llorado mientras nos relataba todo, pero está a punto de hacerlo.

—Si quieres, podemos poner una peli de las de llorar mucho y así te hacemos compañía.

Bianca se ríe y ya no puede evitar echarse a llorar.

—Dichosas hormonas —dice cogiendo un trozo de chocolate.

—¿Y Albert cómo se lo ha tomado? Antes no estaba muy convencido de tener niños —pregunta Dulce.

—Cuando se lo dije, sus ojos se humedecieron... Claro que no lloró —dice sonriente

secándose las lágrimas—, pero le hizo mucha ilusión. Desde entonces, me llama a todas horas desde el trabajo para ver cómo sigo y si todo va bien. Se asustó mucho cuando casi perdí al bebé y ahora me tiene entre algodones.

—Me alegro por vosotros —le dice Laia—. Estamos haciéndonos mayores. ¿No os da un poco de miedo?

—Sí, asusta un poco ver como pasamos de ser hijos a ser padres —reconoce Bianca—. Muchas veces me pregunto si seré capaz de darle el amor que necesita o si él me considerará una buena madre..., también pienso mucho en su bienestar. No quiero que le suceda nada...

Bianca se seca otra lágrima y Laia acaba poniendo una peli con la que acabamos las cuatro llorando, como ya se suponía. Cada una con sus problemas, todos tan distintos, pero haciéndonos compañía y apoyándonos en silencio. Salvo con Bianca, nunca he sentido esta conexión con más chicas de mi edad, y me gusta.

Pienso en estos días que he estado con Robert. Me parece increíble que mañana haga una semana desde que empezamos nuestra... no sé cómo denominarlo, porque hasta que Robert no corte definitivamente con Ainara, no me siento preparada para decir que somos algo más que amigos especiales. Es como si la sombra de Ainara flotara sobre esta relación, empañando mi felicidad, pues cada vez que estoy sola con mis pensamientos me acuerdo de mi hermana y no me deja disfrutar de lo que tengo con Robert.

—Jenna —me llama Bianca—, ¿qué tal va todo con Robert?

—Bueno, todo lo bien que puede ir, contando con que aún es el novio de mi hermana.

Cuando lo digo, noto como si una pesada espada me atravesara el corazón. Soy una traidora. ¿Y si mi hermana lo quiere de verdad y me estoy interponiendo entre ellos? Me levanto inquieta y noto que las demás me siguen con la mirada.

—Te puedo asegurar que Ainara no le quiere, si es eso lo que te preocupa —opina Bianca.

—Nosotras también pensamos lo mismo —dice Laia por Dulce y ella.

—Ya, pero... Tengo miedo. No quiero perderlos —reconozco.

Las tres se levantan y me abrazan dándome fuerza, e intento por todos los medios no desmoronarme, pero es muy difícil no hacerlo delante ellas. Al final se nos hacen las tantas hablando de nuestras cosas. Nos quedamos dormidas de puro agotamiento sobre las mantas, en el suelo. Mi último pensamiento es para Robert, pero para mi desgracia, él aparece al lado de Ainara. ¿Es acaso una señal?

\* \* \*

Entro en el coche de Robert. Me ha mandado un mensaje diciéndome que me estaba esperando abajo. Le doy un beso nada más verlo y, aunque mi idea era darle un simple beso, al final acabo suspirando entre sus labios.

—Me encanta que no te escondas nada, que seas tan natural —asegura.

—Como la vida misma. —Me giro para saludar a Nora y le tiendo una bolsa de gusanitos que me han dado para ella.

—¿Qué tal la noche? —Robert pone el coche en marcha.

—Bien, pero...

—Te duele el estómago —adivina Robert divertido. Me tiende un vaso térmico—. Lo suponía, así que te he comprado esto.

Es una manzanilla, lo miro agradecida.

—No sé cómo pueden hacer esas mezclas y seguir vivas —bromeo.

—Laia tiene el estómago a prueba de bombas y poco a poco ha ido contagiando a las demás sus extraños gustos culinarios.

—Mezclé jamón con helado de chocolate. Eso no puede ser sano.

Robert se ríe. Le doy un sorbo a la manzanilla y me doy cuenta de que nos alejamos del pueblo.

—¿Dónde vamos?

—A comprar para la barbacoa de esta noche.

—Por fin voy a probar tu famosa barbacoa. A ver si es tan buena como dices...

—Es mejor.

Me río feliz y por un momento dejo a un lado mis miedos. No tiene por qué salir mal. Ni suceder nada. Es mejor pensar así que amargarse con este mal presentimiento que tengo.

No tardamos en llegar al centro comercial, el mismo al que vinimos a comprar mis pinturas, lo que me recuerda que debería reponer algunas cosas. Montamos a Nora en su carro y nos introducimos en el complejo. Pasamos por la tienda de pinturas y la miro dudosa: no me gustó lo que la dependienta me dijo el otro día y, aunque ahora mi relación con Robert haya cambiado, no podemos confirmar nada hasta que Ainara y Robert hablen.

—¿Vamos? —Robert me mira con sus preciosos ojos dorados.

—Sí...

Se inclina y me besa, sin importarle que alguien pueda vernos. Me dejo llevar y acabo subiendo mis manos a su cuello para acercarle más. Se separa sonriente.

—Nada de dudas ni de prejuicios.

—Nada.

Entramos a la tienda. La mujer me saluda y me pregunta qué necesito. Se lo digo. Robert aparece a mi lado llevando a Nora, un cuaderno de dibujo y varios carboncillos.

—¿Vas a empezar a pintar? Porque dudo que sean para Nora.

—Para niños tengo estos cuadernos de dibujo y estas pinturas más grandes —nos ofrece la mujer, poniéndolas al lado de nuestras cosas.

—Bien, cóbreme esto también.

—Pensaba pagar yo, y además, no me has dicho qué piensas hacer con eso.

—¿No? Vaya, se me habrá olvidado.

Abro la boca para decirle que a qué está jugando, pero me besa para distraerme mientras le pasa su tarjeta a la dependienta, a la que no creo que le queden dudas de que Robert y yo no somos hermanos.

Nos dirigimos al súper, pero Robert no me ha dicho para qué quiere lo que ha comprado.

—Eres malo, ¿te das cuenta de que me está matando la curiosidad?

—Sí.

Le doy de broma, se ríe y toma mi mano, pero la suelto y cojo la de Nora, que acepta la mía encantada.

—Tú sí que me comprendes, no como tu hermano.

Nora se ríe feliz. Robert no dice nada. Entramos al súper. Robert me pide que coja algunas cosas, lo hago y añado otras que he visto que faltan en su casa.

—Deberíamos pagar a medias, teniendo en cuenta que vivo prácticamente en tu casa —le digo cuando empiezo a poner las cosas en la caja.

—No.

Nora empieza a llorar. La miro para ver qué le sucede, pensando que quiere agua, la saco y le tiendo su biberón. Lo agarra y bebe.

—Sal con ella fuera, estará agotada de estar aquí.

Asiento y, tras dar un beso a Robert, cojo el carro de la niña y salgo del súper para dar una vuelta. Como el supermercado está dentro del centro comercial, es como si siguiéramos dentro, pero puedo pasear con la niña con más libertad.

—Jenna, ¿eres tú?

Me quedo de piedra cuando veo a una de mis antiguas profesoras.

—Sí.

—No lo dudaba, has cambiado muy poco. ¿Es tu hermana?

La mujer le hace carantoñas, pero Nora se queda seria. No es raro en ella, es selecta con la gente; lo mismo ha notado que nunca soporté a esta profesora, pues no dudaba en dejarme mal delante de la clase y burlarse de mis malas notas, pensando que así me aplicaría más, en vez de ayudarme y averiguar por qué me costaba tanto sacar buenas notas.

—No, no lo es.

Estoy tentada a decirle que es la hermana de mi novio, pero me doy cuenta de que tampoco Robert es mi novio. No mientras siga siendo el de mi hermana.

—Vaya. ¿Y quién es entonces?

—Es mi hermana —dice Robert poniéndose a mi lado con el carro que lleva la compra.

Mi antigua profesora nos mira juntos y pone mala cara, dejando claro lo poco que le gusta la pareja que hacemos. Robert parece notarlo, porque pone una de sus manos en mi cintura.

—Nos vamos.

Asiento y me despido de mi antigua profesora sin más.

—Te has encogido, Jenna.

—La odiaba. Era profesora mía y me ridiculizaba siempre que podía.

—Lo siento, pero razón de más para que no te escondas.

—Lo sé... Tal vez sería mejor que no mostráramos en público que somos algo más... No hasta que no hayas hablado con Ainara.

—Jenna...

—No quiero correr riesgos y que nos vea alguien que se lo pueda decir a mis padres..., es mejor hacer las cosas bien. Voy a comprar unas cosas que necesito.

Me marcho sin besarle, molesta, pues me hubiera gustado decirle a la profesora que Nora era la hermana de mi novio, pero no puedo. A los ojos de todos soy la otra, la que se ha metido en medio de la relación de Robert y mi hermana. Hasta que no hable con Ainara, estamos viviendo una irrealidad.

## ROBERT

Espero a Jenna en unos bancos que hay dentro del centro comercial junto a una zona de juegos, aunque Nora no ha querido bajar a jugar, está entretenida con los juguetes de su coche. He llamado a Jenna para decirle que estábamos aquí. No me ha pasado desapercibida su cara cuando esa profesora le ha preguntado quién era Nora. Me duele esta situación y que Jenna esté inquieta por pensar que Ainara nos separa. No puedo negar que yo también estoy algo inquieto con lo que pueda ocurrir cuando regrese, pero estoy convencido de que simplemente querrá dejar claro que ella ha roto la relación.

Nora se remueve y alza sus brazos. No tardo en ver a Jenna llegar hasta nosotros con un osito rosa en la mano. Se lo tiende y la pequeña sonrío feliz con su nuevo juguete. Jenna se centra en ella, evitándome. Me levanto y cojo su cara entre mis manos. La beso deleitándome sin prisa con su sabor, haciendo que suspire entre mis labios.

—No estamos haciendo nada malo, Jenna, así que no pienso esconderme de nadie. Y si alguien nos pilla y tenemos que dar explicaciones a tus padres, las daremos juntos. No dudes de que lo nuestro es real.

Jenna me mira con sus grandes ojos verdes y acaba por sonreír.

—Con un beso así no puedo negar lo evidente.

Volvemos al coche para ir a casa. Jenna parece haber olvidado el incidente, aunque la conozco lo suficiente como para saber que sigue dándole vueltas en la cabeza. Estos días no he dejado de llamar a Ainara, pero está resuelta a ignorarme hasta que ella decida que ha llegado el momento de hablar. No hay día que no me arrepienta de haber empezado con

Ainara. Ahora más que nunca sé lo equivocado que he estado todo este tiempo. Nadie puede obligarse a amar a una persona ni forzar que salga adelante una historia que no existe.

\* \* \*

Jenna me da un empujón cuando meto el dedo en la tarta de chocolate que está preparando.

—Va a quedar llena de dedos.

—Está muy rica. Mucho mejor que la de mi cumpleaños.

—Lo sé.

Sonrío y le doy un beso antes de irme hacia el jardín para preparar la mesa.

Jenna no tarda en venir a ayudarme. Está emocionada con la barbacoa en mi casa. Me alegra que haya encajado tan bien con mis amigos; me hace sentir relajado, y no tenso, como cuando estaba Ainara y sabía lo incómoda que ella se sentía con ellos.

Observo a Jenna pasar un paño a las sillas por si tuvieran polvo. Lleva un pantalón vaquero corto, una sudadera gris arremangada y, cómo no, sus zapatillas blancas. Hace unas mezclas muy raras. La sudadera tiene una mancha de pintura y la usa para estar por casa, y los pantalones los ha cortado ella misma y también tienen pintitas de colores. Si Jenna no luce también restos de pintura es solo porque hoy no ha estado en su estudio. Me encanta observarla, apreciar su naturalidad y su forma de ver la vida. Hace que yo la mire de otro modo y me sienta más vivo que nunca.

La cojo por detrás y la beso en el cuello haciéndole cosquillas. Jenna se ríe feliz y se revuelve entre mis brazos. Al final, la giro y la beso. Me encanta besarla. Jenna nunca se esconde nada, pone el alma en cada beso.

Ríe cuando el sonido del timbre nos interrumpe.

—Ve tú, yo tengo mucho trabajo y no me dejas acabar. Te debería dar vergüenza — bromea y me saca la lengua.

Voy a abrir la puerta. Son Laia y Adair. Estoy cerrando cuando oigo gritar a Dulce que no cierre. Viene cargada con bolsas, por lo que se las cojo en cuanto cruza la entrada. Llegan pronto, para variar. Me preguntan a partir de qué hora pueden venir y luego se presentan cuando quieren.

Laia sube a ver a la pequeña y no tarda en bajar con ella en brazos. Se acaba de despertar; lleva el peluche que le ha comprado Jenna entre sus bracitos y se deja abrazar por Laia sin decir nada, apoyando su cabecita en la mejilla de esta. Le doy un beso antes de ir a la cocina a ver qué están haciendo los demás. Jenna está ayudando a Dulce a preparar una ensalada. Al poco llega Ángel, que pone mala cara al ver a Dulce pero no dice nada —si han venido los dos ha sido solo porque no les dijimos que el otro iba a estar.

Albert y Bianca aparecen cuando estamos poniendo la mesa. Yo ya he empezado con las brasas con la ayuda de Ángel y Adair. A medida que sacamos la carne de la barbacoa, la vamos sirviendo y comiendo para que no se enfríe. Jenna tiene a Nora en brazos y trata

de que se tome la leche sin distraerse, pero no ayuda que todos la miren y le estén diciendo cosas. A mí no me molesta porque, aunque tarde más en cenar, siempre acaba por tomárselo todo. Al final le puede el sueño cuando termina la leche y Jenna se va a acostarla. Al poco vuelve y se sienta a mi lado para cenar. Ante nuestros amigos no ocultamos nada y no evito acariciar su mano o robarle algún beso.

Cuando acabamos de cenar, Jenna va a la cocina a sacar el postre.

—Mmmm, qué pinta tan estupenda..., me tienes que pasar la receta —le dice Laia cuando la ve aparecer con la tarta de chocolate.

—¿Para que lo mezcles con patatas fritas? No, mejor no —le dice Ángel.

—Pues mis mezclas están bien buenas, que lo sepas —replica Laia tirándole un trozo de pan que ha quedado por la mesa.

Jenna ríe y le dice que luego se la pasa.

—Esta hubiera sido la celebración que habrías querido en tu cumpleaños, ¿verdad, Robert? —afirma Albert.

—Es evidente que sí.

—Por suerte, te has dado cuenta a tiempo de quién sobraba aquí —suelta Ángel.

Jenna se tensa y Dulce lo fulmina con la mirada.

—Dejad de hablar de Ainara. Es su hermana.

—Lo siento, Jenna —se disculpa Ángel tras darse cuenta de su metedura de pata—, pero tu hermana nunca me cayó bien.

—No pasa nada. Es un poco difícil de comprender, pero en el fondo no es mala persona.

Jenna se levanta para recoger la mesa sin haber terminado su tarta y me levanto para seguirla a la cocina, donde la encuentro guardando la tarta en la nevera.

—No debes sentirte mal...

—No lo hago —miento.

La vuelvo y le cojo la cara para que me mire a los ojos.

—Odio esta situación —me confiesa—. Quiero que dé la cara ya y acabar con esto de una vez. Hasta que Ainara no vuelva, no puedo evitar sentirme una traidora.

—No la estás traicionando, pero te entiendo. Estos días la he estado llamando y le he dejado un par de mensajes más diciendo que no puedo seguir con ella..., no sé qué más hacer.

Jenna me besa.

—Debemos tener paciencia. Es solo que no puedo evitar sentirme mal. Pese a todo, es mi hermana.

—Lo sé.

Cierro la puerta al último de mis amigos y subo a mi cuarto con ganas de acostarme y descansar. Pero cuando entro, encuentro a Jenna sentada en la cama con lo que parecen unas pinturas y, por su mirada pícaro, sé que está tramando algo.

—¿Qué haces?

—Estoy decidida a pintar en mi mejor lienzo y siento decirte que ese es tu cuerpo. Ahora tumbate en la cama y quédate quieto.

Sonrío. Solo a ella se le ocurriría algo así. Me quito la camiseta y me tumbo en la cama boca arriba. Jenna se pone seria cuando se coloca a mi lado de rodillas y empieza a pintar en mi pecho. Me cuesta mucho permanecer inmóvil teniéndola tan cerca y consigo robarle algún beso que otro.

—¿Queda mucho? Ahora mismo tengo en mente otras cosas para las que no puedo estar quieto.

Se ríe y me regaña por moverme.

—Listo.

Coge una hoja en blanco y la pone sobre mi pecho. Luego se acerca hasta mí y me besa, dejando el papel entre los dos. La beso y perdemos el control hasta apartarnos jadeantes.

—Vas a estropear mi obra de arte.

Me separo, curioso por ver qué ha dibujado, y tiro del papel. Es una imagen nuestra besándonos, o eso es lo que se intuye a grandes rasgos. De pronto siento un beso en mi pecho, seguido de un lametazo juguetón.

—No te he dicho lo mejor: es de chocolate.

Siento otro beso en mi pecho y la cojo, haciéndola reír. Ojalá nada se interponga entre nosotros; ella y Nora son ahora mi vida entera.

Le doy la vuelta para que su espalda quede pegada a la cama y cojo la pintura de chocolate.

—¡Tú no sabes pintar! —se queja.

—Me da igual —le digo quitando su sujetador y mojando el pincel en el chocolate.

Pinto su vientre sin un dibujo claro, solo hago trazos sin sentido en su tersa piel. Evito sus pechos a propósito, pero cada vez que paso rozándolos, la respiración de Jenna se acelera. Su pecho sube y baja sin control. Acercó mi pincel al hueco de su cuello y luego mis labios para degustar el chocolate en su piel. No me canso de besarla, de hacerle el amor, de acariciar cada centímetro de su piel..., al contrario, cada día mi necesidad de ella aumenta. ¿Cómo habría podido vivir toda una vida sin esto? ¿Sin ella?

Bajo mis besos por su cuello, cerca de sus senos, rodeándolos intencionadamente, y beso su abdomen, donde el chocolate ya es solo una mancha imperfecta.

—¿No crees que te has olvidado pintar algo? —me dice cuando me separo, atrevida como es ella.

—No, así está bien. —Me cuesta no reírme del pequeño puchero que hace y le quito las braguitas.

La observo y por un momento me gustaría saber captar toda esta belleza en un lienzo. Acaricio sus muslos con mis dedos y cojo el pincel para trazar líneas por ellos. Da un respingo cuando mi boca reemplaza el pincel y la beso hasta llegar a su caliente núcleo, que evito a propósito. Me levanto y la observo: sus ojos verdes están cargados de pasión y de amor. Me encanta saber que esa mirada tan especial va dirigida a mí. Y yo que tenía miedo a amar... No era consciente de que, si no lo hacía, me perdía lo más increíble de esta vida.

—Creo que he acabado.

—Y yo creo que eres un pintor horrible.

—¿Algún problema?

—Ninguno. —Hace amago de levantarse pero entonces llevo el pincel a su pecho, que se endurece ante el frío contacto.

Se queda inmóvil cuando el pincel traza líneas por sus senos y más cuando, tras separarlo, lo mojo de nuevo en el chocolate y lo llevo hasta su feminidad. Cuando mis labios sustituyen al pincel, Jenna se vuelve mantequilla fundida entre mis brazos. Beso sus senos, recreándome en ellos, y sigo descendiendo por su plano vientre hasta su núcleo. La miro antes de separar sus piernas y, sin más dilación, la beso ahí donde se concentra todo su placer. Me deleito con su sabor y le hago el amor con mi lengua y mis dedos, que ya exploran su cavidad. Cuando está a punto, me aparto y me quito la ropa antes de ponerme la protección. Me adentro en ella de una sola estocada y me quedo quieto, apoyando mi frente sobre la suya, absorbiendo este placer de estar entre sus brazos. De sentir como me colma por completo. Me muevo notando como me oprime su vagina, y me cuesta mucho no irme enseguida. La miro a los ojos para no perder detalle de su placer y ella hace lo mismo mientras las embestidas aumentan. Me dejo ir al tiempo que ella y la abrazo para decirle en un susurro cuánto me importa, para que no lo dude nunca:

—Te quiero.

## JENNA

Llego al despacho de mi padre cargada con varios de mis cuadros; los otros los lleva uno de sus empleados. Me llamó esta mañana sabiendo que era mi día libre para pedirme que le trajera más cuadros míos, pues el que le di le había gustado mucho a la gente. Tras mucho insistir me acabó convenciendo y le dije que sí, y él, contento, dijo que me mandaría alguien al estudio para que me ayudara a traerlos.

Nora está con Bianca esta mañana y yo estaba pintando en mi estudio para ponerme al día, pese a que ya descubrí para qué era la libreta que compró Robert el otro día: quería que tuviera una parte de mi estudio en su casa. Me gustó mucho el detalle y ya he llenado la mitad de bocetos a carboncillo.

Antes de salir hacia aquí he llamado a Robert para decirle que venía, pero no me lo ha cogido.

—A ver qué me has traído.

Mi padre me da dos besos y me dice que deje los cuadros sobre la mesa. Su reacción es inmediata cuando se los enseño: le encantan. Me siento feliz porque mi padre admire mi arte.

—Vamos a colocar algunos.

—Les falta el marco, papá...

—Ya se lo pondré. Sígueme.

Lo sigo fuera de su despacho; su empleado nos sigue de cerca. Colocamos varios por su empresa, a pesar de que están sin enmarcar. Mientras caminamos por los pasillos, miro de reojo para ver si veo a Robert. Cuando le localizo, él no se percata de mi presencia. Está serio, concentrado en unos papeles y hablando con Albert. Me gusta espiarlo en su trabajo. Trato de esconderme para no delatarme pero de repente, como si sintiera que lo estoy mirando, alza la cabeza y me ve. Se queda con la boca abierta, le cuesta asimilar que estoy aquí. Le sonrío divertida y sigo a mi padre, que me está llamando.

Colocamos un cuadro y, como si lo sintiera, me giro sabiendo que Robert está muy cerca. Me acaricia disimuladamente la mano a modo de saludo sin que nadie se dé cuenta.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—La he convencido para llenar la empresa con su arte —responde mi padre orgulloso colocando el último cuadro.

—Me alegra. Tus cuadros son preciosos.

—Bueno, son mejorables.

—Todo se puede mejorar, pero son preciosos.

Sonrío a Robert. Llaman a mi padre, que se marcha, no sin antes decirme que me pase por su despacho a despedirme.

—Ven. Ten algo que contarme sobre Nora —me pide Robert cuando nos quedamos solos.

Lo sigo de cerca hasta su despacho. Por su postura, nadie podría notar que estamos juntos y yo me esfuerzo por fingir que no me muero por besarle. O lo hago hasta que cierra la puerta y me coge para besarme como deseaba hacer desde que lo vi.

—Es peligroso —susurro entre sus labios.

—Solo es un momento. Además, quería llamarte para pedirte algo.

Me da un piquito y se separa a regañadientes, por si alguien entrara a su despacho.

—Dime, te gusta dejarme con la intriga.

Sonríe dándome la razón.

—Esta noche quiero tener una cita contigo.

Le miro asombrada.

—¿Y Nora?

—Se quedará a dormir con Bianca y Albert. Está todo planeado. Tú solo tienes que estar lista a las ocho. Pasaré a recogerte por tu estudio a esa hora.

Lo miro emocionada, feliz por tener una cita con él. Me da igual quién pueda vernos, deseo estar a su lado. Lo beso y abro la puerta para salir, pero antes le digo:

—Más te vale no llegar tarde.

Robert se ríe. Paso a despedirme de mi padre y me voy a comprarme algo de ropa. Esta noche quiero que sea especial y sentirme guapa para Robert.

\* \* \*

Me miro al espejo antes de salir de mi estudio. Robert me acaba de mandar un mensaje para decirme que está abajo esperándome. Me he comprado un vestido vaquero que he visto en la tienda de ropa de la madre de Laia: tiene detalles informales de color azul y es elegante pero desenfadado, me encanta. Es de manga larga, pues por la noche refresca. Me he comprado también unas botas de color marrón. Me he dejado el pelo suelto y Laia me ha ayudado a hacerme ondas. Me vio al salir de la tienda de su madre y le conté lo de mi cita. Acabé comiendo en su casa y me ayudó con el pelo y el maquillaje, emocionada por nosotros.

Salgo y camino hacia Robert, que me espera apoyado en el capó. Se levanta en cuanto me ve y me mira de arriba abajo, haciéndome sentir hermosa como nunca me he sentido a través de sus ojos. Yo me deleito con él de igual forma y admiro cómo le quedan los pantalones vaqueros desgastados y esa camisa azul claro que lleva arremangada. Está guapísimo y así se lo demuestro en mi beso cuando llego a su lado.

—¿Y si empezamos por el postre?

Me río entre sus brazos y luego me subo en el asiento del copiloto.

—No, me has prometido una cita y la quiero tener —le digo cuando entra y se pone el cinturón, cosa que yo ya he hecho.

—Lo que tú digas.

Me río.

—¿Todo lo que yo diga? Qué peligro tengo.

Robert se ríe feliz. Hemos dejado a un lado los miedos, hoy no quiero hacerles caso. Esta es nuestra noche y quiero creer que todo está bien, que nadie ni nada nos va a separar.

Robert conduce hasta la ciudad. Detiene el coche frente a un restaurante que tiene un jardín adjunto, el cual puedo ver desde el aparcamiento, y en el que los árboles parecen estar decorados con lucecitas. Salgo emocionada y deseando ver cómo es. Robert toma mi mano. Al entrar y preguntarnos si habíamos hecho reserva, Robert dice su nombre y nos llevan de inmediato a nuestra mesa. Es más precioso de lo que se intuye desde fuera. Las mesas están decoradas con flores y velas que le dan un aire romántico, y de fondo suena una música suave, baladas a piano o violín.

Miro emocionada a Robert y dejo que me aparte la silla galantemente para que me siente. Lo hago y miro el árbol que tenemos al lado, lleno de pequeñas luces. La cena ya

me da igual, puede ser malísima; yo me siento dichosa por estar en un lugar tan bello con él. Contemplo el sitio con ojo de artista y enseguida visualizo qué dibujo haré de esta escena.

—Adivino que estás pensando hacer un cuadro de esto.

—No me conoces tanto —miento sonriente.

Me sorprendo cuando Robert saca una cámara y me hace una foto; luego hace más del entorno.

—Gracias, pero ahora te toca posar a ti —digo cogiéndole la cámara de las manos.

Robert pone mala cara, pero no se niega a que le tome una foto. Me encanta cómo sale. Cuando viene el camarero para tomarnos nota, le tiendo la cámara para que nos haga una foto juntos. Miro la pantalla a ver cómo ha quedado, emocionada por tener una foto con Robert y sabiendo que cuando la imprima haré un cuadro.

Pedimos a la carta. Degusto la comida mientras Robert me habla del trabajo. Yo le cuento lo que tengo pensado pintar ahora. Como siempre, me siento cómoda a su lado y no me hace falta llenar con palabras insulsas los silencios para evitar que parezca que nos aburrirnos. Con él soy yo misma, sin temer que se asuste.

De postre nos sirven tarta de queso; está deliciosa. Robert se ríe por mi forma de comérmela, saboreando y disfrutando cada cucharada.

—¿Quieres que pidamos para llevar?

—¿Harías eso por mí? —Robert me mira serio. Él lo decía de broma y enseguida me arrepiento—. Bueno, si no quieres, no...

—Lo haré.

Pagamos la cena y salimos del restaurante en dirección a su coche. Me siento como en una nube. En todo el camino de vuelta no puedo parar de acariciarlo o besarlo cada vez que se detiene en un semáforo o un stop. Cada segundo que paso a su lado lo amo más y poco a poco está consiguiendo que me olvide del temor que siento a que pueda estropearse lo nuestro, pues veo en sus ojos lo mucho que me quiere. Y así me lo demuestra esta noche, cuando me hace el amor con absoluta devoción y pasión.

\* \* \*

Abro la puerta a Bianca y Albert, que han venido a traernos a la pequeña. Nora me llena de besos y la abrazo feliz. Robert no tarda en bajar tras darse una ducha; yo hace rato que me levanté y estaba pintando en su despacho.

—Me voy a mi estudio —le comento tras darle un beso y despedirme de mis amigos—. Tengo que recoger unas cosas. Ahora vengo.

—No tardes.

—No. Hasta luego, chicos —Le doy un beso a la pequeña y me marchó.

Cojo la moto, por lo que no tardo mucho en llegar al estudio y, al bajar, veo una pastelería abierta y compro unos dulces para después de comer.

Cuando llego a casa de Robert con los pasteles en la mano, veo uno de los coches de mi padre aparcado en la puerta y noto como se me hace un gran nudo en el estómago al pensar en lo que eso significa: Ainara ha vuelto.

El chófer me saluda mientras voy hacia la casa y yo le devuelvo una sonrisa forzada. Al ir a tocar a la puerta, veo que está abierta y entro. Escucho enseguida las voces de Ainara y de Robert en la cocina. No quiero molestarlos ni que sepan que he llegado, por lo que entorno la puerta y dejo los pasteles en la mesa del salón. Aunque no es mi intención espiarlos, no puedo evitar escuchar su conversación:

—No quiero seguir contigo, Ainara. Todo ha cambiado...

—Sí, todo ha cambiado.

Me tenso por la voz de mi hermana.

—¿Qué pasa?

—Yo... —La voz de mi hermana suena ahogada por el llanto; esto no traerá nada bueno. Doy dos pasos hacia atrás y me llevo la mano al estómago, que no deja de retorcerse—. Estoy embarazada... de ti.

Mi mundo se empieza a romper en pedacitos, el aire me falta y todo me da vueltas. Apoyo las manos en la mesa y la aprieto con fuerza, esperando que se me pase el ataque de ansiedad. Poco a poco vuelvo a respirar con normalidad... aun a pesar de tener la absoluta certeza de que todo acaba de cambiar para siempre.

## CAPÍTULO 13



### JENNA

—¿Cómo es posible?

—Vamos, Robert, ¿hace falta que...?

—No me refiero a eso. —Robert parece contrariado y casi puedo notar su tristeza en su voz —. Tú y yo hace mucho tiempo que no tenemos relaciones.

—Lo sé, pero...

—Yo nunca me acosté contigo sin protección, Ainara —la corta.

Robert se esfuerza por buscar una salida y me llevo la mano a la cara. No me gusta escuchar cómo habla con su ex, con mi hermana, de lo que han hecho juntos en la cama.

—Sí, pero esas cosas pasan. Toma, los análisis. Por eso me fui de viaje, estaba asustada.

Oigo el sonido de unos papeles.

—Estás de más de dos meses.

—¿Me crees ahora?

Esta vez mi mundo sí se derrumba.

—Sí, pero... yo no...

—¿Vas a dejar que mi hijo pase por lo mismo que yo? ¿Le vas a privar de su verdadero padre?

Cierro los ojos y un manantial de lágrimas empieza a caer por mi cara. Robert se encuentra ahora entre la espada y la pared, lo sé, casi puedo sentir su agobio. Por mucho que ya no sienta nada por Ainara, por mucho que me ame a mí, no quiere dejarla sin su cuidado. Lo conozco lo suficiente para saber que él no quiere ser como su padre, que no es capaz de desentenderse de su hijo. Subo las escaleras, tambaleándome. Recojo mis cosas y después decido pasar un momento por el cuarto de Nora para despedirme de ella. No puedo seguir aquí. No quiero que la decisión de Robert le sea aún más difícil de tomar. Al entrar, veo a Nora apoyada en la cuna. Me mira con sus preciosos ojos y extiende los brazos hacia mí. Me acerco a ella y apago el intercomunicador, para que Robert no me escuche y no sepa que estoy aquí.

—Hola, mi niña. Me tengo que ir. —La abrazo fuerte, fuerte, y trato de sonreír entre lágrimas—. Nunca te olvidaré. Te quiero mucho, Nora, y me hubiera encantado ser tu madre.

La niña me da un sonoro beso en la cara, de esos que le ha enseñado a dar Bianca, y me dice algo que me deja paralizada:

—Mamá.

Me quedo mirándola con los ojos abiertos como platos y no puedo evitar las lágrimas.

—No, cariño, no, todo ha cambiado.

Le doy un beso y con gran pesar la dejo en su cuna y me seco las lágrimas. Vuelvo a encender el intercomunicador. La niña sigue llamándome mientras me voy. No sabía que había aprendido a hablar, y menos aún que había decidido que yo fuera su madre. Bajo las escaleras corriendo y, cuando llego a la puerta, escucho el llanto de Nora por el intercomunicador de Robert.

—¿Pero qué diablos...? Lo siento, tengo que ocuparme de Nora.

—Sí, ve con tu hermana. —La escucho decir.

—Nora es algo más que mi hermana, es como una hija para mí. Y si vamos a seguir con esta farsa por el bien del niño que esperas, es mejor que empieces a hacerte a la idea.

—¿Aún dudas de que sea tu hijo?

—Sí.

Abro la puerta y me escabullo tras ella cuando escucho los pasos de Robert. Me hubiera gustado verlo por última vez, pero no me sentiría lo bastante fuerte si lo hiciera. Él no puede tomar una decisión así y yo no puedo obligarle a que lo haga sabiendo que, si me elige a mí, siempre se arrepentiría de no haber elegido a su hijo, y esto al final se interpondría entre los dos. Llego hasta mi moto y trato de ponerme el casco.

—¡Señorita! —El chófer de mi hermana se acerca a mí—. ¿No se encuentra bien? ¿La llevo a su casa?

Lo miro y, reconociendo que tiene razón, asiento.

—Sí. No puedo...

—No pasa nada —me dice sonriendo.

El hombre me abre la puerta. Entro en el coche de mi padre y me alejo de aquí. Me rompo de dolor conforme me alejo y me voy derrumbando cada vez más. Cuando llego a mi casa, mi padre, que está cerca de las escaleras, viene hacia mí al verme tan destrozada y me abraza a él.

—¿Qué te pasa, hija?

—Nada..., no puedo decírtelo.

—Jenna, ¿no confías en mí?

—Sí, pero no puedo... —Por el bien de Ainara, debo callar.

—Dime al menos por qué lloras.

—Acabo de perder a la persona que amo, papá, y quiero irme. Quiero ir con Matt, no

puedo seguir aquí. No puedo...

—Está bien. Prepararemos un coche para que te lleve. Me iré contigo. Me vendrá bien el viaje para pensar en cosas de mi empresa.

—Quiero ir sola, papá.

—¿Seguro?

Asiento y mi padre me ayuda a preparar la maleta con lo esencial. Al poco llega mi madre y, al verme tan mal, me abraza.

—¿No puedes contarnos al menos de qué se trata?

—No.

Me despido de ellos y parto hacia la casa de Matt. No sé cuándo estaré preparada para regresar, pero intuyo que para poder volver a mirar a Robert a la cara, sin sentir nada y soportarlo, pasará mucho tiempo. Tal vez nunca lo consiga. La idea de verle feliz con su hijo, con Ainara..., se me hace insoportable.

Ahora sé que él nunca fue para mí. Esto es lo que pasa cuando te enamoras del novio de tu hermana.

## ROBERT

Nora se abraza a mí. Está llorando y no sé por qué. No para de decir mamá. Antes, cuando la acosté para que durmiera un poco, me miró con sus intensos ojos dorados, alzó los bracitos y me llamó papá. Me descolocó, pero me hizo darme cuenta de que desde el mismo día que la adopté, dejé de ser su hermano para ser un padre para ella. Ella siempre será mi hija. Y que ahora diga mamá una y otra vez me desconcierta y me pregunto qué ha pasado.

Cuando logro que se calme un poco, bajo a ver a Ainara. La miro serio. Esta sentada mirando la mesa; ni siquiera me pregunta por Nora.

—¿Y piensas que lo nuestro saldrá bien?

—Es tu hijo.

Aprieto los dientes y me llevo la mano a la cara. No puedo desentenderme del niño, no puedo repetir con él lo mismo que hizo mi padre conmigo, lo sé, pero Jenna... No puedo imaginarme casado con Ainara y ver a Jenna sabiendo que llevamos vidas distintas. No quiero perderla, ella y Nora son lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—No te queda más remedio. Si fuiste lo bastante maduro para acostarte conmigo en su día, también lo eres para aceptar las consecuencias.

Su dureza me enfurece.

—¿Piensas que me desentendería? ¡Es mi hijo! No podría hacerlo. De lo que dudo es de poder vivir contigo.

—Pues tendrás que hacerlo. Me voy, así dejo que te vayas haciendo a la idea. El niño es de los dos, los dos debemos cuidarlo.

—¿Acaso lo vas a cuidar tú?

—Sí.

La miro. Sé que no es cierto y sé que, si yo no me hago cargo de él, ella lo dejará al cuidado de la niñera. No tendría la figura materna ni la paterna y no puedo hacerle eso al niño. Solo puedo darle la razón a Ainara en una cosa: si se es responsable para acostarse con alguien, también se es para aceptar lo que venga.

—Tengo que hacer algo...

—Bien, yo me tengo que ir.

La acompaño a la puerta y veo llegar el coche de Ainara.

—Qué raro —comenta Ainara yendo hacia el coche—. ¿Por qué se habrá ido? No le he dado permiso.

—Fui a llevar a su hermana a su casa —le responde el chófer—, no se encontraba bien.

Jenna. Miro hacia la escalera y entonces lo entiendo todo. Jenna ha escuchado lo del niño, ha subido a despedirse de Nora y esta ha comprendido que no la iba a ver más y se ha puesto a llamarla, llamándola mamá... ¡¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?!

Subo a por Nora y la preparo para salir. Tengo que ver a Jenna. ¿Para qué? No lo sé, pero esto no puede acabar así. Me siento atrapado, asfixiado y tremendamente triste.

Cuando llegamos a casa de Jenna, me abre la puerta su padre.

—Hola, Robert, no te esperaba.

—Lo imagino.

—Qué pronto has venido. —Ainara sale a recibirme sonriente.

—¿Está Jenna?

—No, pero tenemos otras niñeras que pueden hacerse cargo de la niña —dice Ainara.

Miro a George, esperando que comprenda lo importante que es para mí que sea Jenna la que cuide de Nora.

—Jenna se ha ido y no va a volver en una larga temporada. Mientras hacía la maleta se acordó de que tendría que dejar su trabajo y dejó esta carta para explicártelo todo. Lo siento, sé que no encontrarás a otra niñera mejor que ella.

—Nunca. Como usted me dijo en su día, nunca encontraría una mejor —le digo recordando sus palabras cuando me recomendó a su propia hija sin yo saberlo. Nunca podría imaginar lo acertado que estuvo ese día.

Cojo la nota y enseguida viene la madre de Ainara y coge a Nora.

—Papá, mamá, Robert y yo tenemos algo que deciros.

Miro a Ainara e, ignorándola, abro la carta de Jenna:

No sé cómo despedirme de ti. Lo sé todo y sé que no puedes desentenderte de ese niño. No puedo quedarme, no puedo verte con ella sin sufrir, sin pensar en lo que pudo ser. Tal vez nunca pueda volver. O tal vez este adiós sea solo un hasta pronto. Pero quiero que sepas que nunca dejaré de amarte y que entiendo tu decisión; ese niño no tiene la culpa. Nunca te olvides de mí. Así al menos sabré cuando yo te recuerde que tú puedes estar recordándome en ese momento, y eso nadie nos lo quitará. Y me hará sentir menos desdichada. Hoy se me olvidó decirte algo: que nunca dejaré de amarte.

Te ama, tu pequeño duendecillo, Jenna.

Me quedo descompuesto y me cuesta un mundo aparentar indiferencia. Siento como si una parte de mí hubiera muerto al leer esta carta.

—Bien, todo arreglado, ya encontrarás a otra. Como Jenna, hay muchas.

—Jenna no es fácil de remplazar —comento cansado de la falta de tacto de Ainara.

—No, no lo es —dice George.

Ainara mira a su padre.

—Tu pequeño duendecillo ha sido la que nos ha dejado tirados, así que no la excuses.

—No la excuso —le replica, mientras yo sigo desconcertado por cómo Ainara se ha referido a Jenna—, pero sé que si Jenna se ha ido, es por una razón de peso.

—¡Igual que vino la otra vez! Dejó a Matt tirado.

—No lo dejó tirado, se asustó, él mismo nos lo dijo. Temía haberlo perdido como amigo. ¿Es tan difícil para ti comprender a Jenna?

—¡Es que no tiene sentido nada de lo que hace! Y ahora, ¿podemos hablar?, ¡tengo algo mucho más importante que decirnos que las tonterías de mi hermana! —Ainara me mira y se lleva la mano a la tripa, pero parece que sus padres no han captado el gesto.

—¿Duendecillo? —no puedo evitar preguntar a su padre.

George sonrío con cariño.

—Cuando era niña siempre acababa llena de barro cuando jugaba en el jardín sola, y cuando entraba en casa y me miraba con sus ojos verdes, grandes, su sonrisa iluminaba toda su cara y era incapaz de regañarla. Me recordaba a un duendecillo y desde niña la llamo así a veces.

Ahora entiendo por qué Jenna se asombró cuando se lo dije.

—¿Podemos...?

Miro a Ainara, serio y odiándola, y sé que esto no es bueno.

—No hay mucho que decir, se puede decir aquí, yo tengo que irme.

—¡¿Cómo puedes ser tan insensible?!

Me paso la mano por el pelo y, tragándome el nudo de dolor, cojo a Nora de los brazos de la madre de Ainara y vamos hacia el salón. Cuando da Ainara la noticia, grita de

emoción; yo me limito a asentir.

—Me haré cargo del bebé...

—... Y de Ainara —comenta su madre, mirándome con cariño.

—Sí, ella entra en el lote —bromeo, pero solo al padre de Ainara le hace gracia.

—Aprenderéis a quereros —comenta su madre dándose cuenta de que nuestra relación no pasa por su mejor momento.

—Ya nos queremos, ¿verdad?

Miro a Ainara y me siento injusto por pagar todo con ella, ya que nuestro futuro hijo no tiene la culpa. Nadie me obligó a estar con ella, pero no puedo evitar arrepentirme de ello.

—Claro —miento y me disculpo para marcharme.

Cuando llego a casa y dejo a Nora en su parque infantil, me siento en el sofá y siento como me derrumbo de golpe. Llevo las manos al sofá para levantarme, para no dejar que la pena me hunda, y siento un papel bajo la palma. Al sacarlo, veo que es uno de los bocetos de Jenna, pero en esta ocasión no salgo solo yo, o Nora; es un dibujo de ella con nosotros dos. Nos está mirando a ambos y sonrío. Y de pronto, me sumerjo en un pozo de oscuridad. Todo esto es por mi culpa, pues por miedo a perder, a sentir..., acabé con la persona equivocada, y ahora sé que hay decisiones que pueden arruinarte la vida. Nunca pensé que un error pudiera salir tan caro.

## CAPÍTULO 14



### ROBERT

Han pasado dos meses desde que mi vida cambió. Dos meses desde que Jenna se fue, y no he conseguido seguir con mi vida como antes, sin recordarla. Cada día que pasa la extraño más.

Llego a casa de Ainara y el mayordomo me comunica al abrirme la puerta que Nora está con la madre de Ainara en el patio. Cuando intenté buscar otra niñera, la madre de Ainara se opuso y me dijo que ella estaría encantada de hacerse cargo de la pequeña, que al fin y al cabo iba a ser su nieta también. Me sorprendió la acogida que le dieron a Nora, sobre todo el cariño sin tapujos con el que George la trata. Es como si fuera su nieta y, aunque ya lo conocía y sabía que era muy buen hombre, me ha hecho pensar si todo lo que Ainara tiene en la cabeza sobre su padre y ella no será su punto de vista. Tal vez ella sea la única que no quiera ver que siempre ha tenido un padre en su vida.

—¡Papá! —Nora, que ya ha empezado a andar, viene corriendo hacia mí y se lanza a mis brazos. La abrazo y su perfume a bebé me embriaga los sentidos.

—Hola, pequeña.

—Cada día está más bonita y más trasto. —La madre de Ainara se acerca a saludarme—. Aunque, después de criar a Jenna, estoy preparada para todo tipo de niños. Era muy buena, pero muy inquieta. No paraba nunca.

Sonríe y aparto la mirada para que no vea el dolor que me causa hablar de Jenna.

—¿Sabéis algo de ella?

—Está bien.

Asiento y me vuelvo para entrar en la casa, pero la madre de Jenna me detiene.

—¡Robert! —Me vuelvo con Nora en los brazos—. No sé cómo preguntarte esto... Si no lo he hecho antes ha sido porque temía estar metiéndome donde no me llaman, pero no he podido ignorarlo...

—Pregúnteme lo que quiera.

Sonríe con calidez.

—Jenna huyó por ti, ¿verdad? El chófer que la trajo aquel día me dijo que salió de tu casa con la cara descompuesta y que parecía muy triste. Tú eres el joven del que se enamoró y que no podía tener, ¿verdad?

—Sí —admito, incapaz de mentir más, cansado de esta farsa, pues pensar en el

pequeño que vendrá es lo único que me da fuerzas para seguir.

—Te veo sufrir cuando hablamos de ella, y el cariño en tus ojos siempre que preguntas por ella... ¿Por qué estás con Ainara? ¿Solo por el bebé?

—Él no tiene la culpa...

—Como sabes, me casé con el padre de Ainara estando embarazada de otro hombre. Me abandonó en cuanto se enteró; ni siquiera quiso reconocer al bebé. George era mi mejor amigo y acudí a él, como siempre; y mientras me cuidaba y me ayudaba con el embarazo, me sentía amada. Al anunciarme que se iba, me di cuenta de que había superado que el padre de Ainara me dejara, porque no sentía nada por él..., al menos, no lo que yo creía... Sin embargo, no podía soportar la idea de estar lejos de George. Fue entonces cuando me di cuenta de que él no solo era mi mejor amigo, sino la persona a la que amaba. Le había amado siempre, sin saberlo.

Sonríó cuando ella me cuenta la historia.

—El padre de Ainara... —Mira a su alrededor para cerciorarse de que no hay nadie —... es el hermano de George. Ya ves, la historia casi se repite. —Sonríe con amargura.

—No sé a dónde quiere ir a parar. En mi caso no es lo mismo.

—¿Tú crees? El padre de Ainara no me quería ni yo a él. Si no me hubiese dejado, Ainara habría sido desgraciada por crecer en un matrimonio sin amor. Tarde o temprano, lo que sentía por George hubiera salido a la luz. Aunque ella no lo crea, tiene el mejor padre que podría haber tenido, porque George siempre la ha querido como una hija. No hay peor ciego que el que no quiere ver y yo he visto que tú no amas a Ainara. ¿Qué vida le espera a ese niño?

—¿Y qué vida le espera si yo me voy? No soy un irresponsable.

—¿Quién crees que cuidará al niño cuando nazca? Tú te irás a trabajar y conozco lo suficiente a mi hija como para saber que ella no se hará cargo de él. Al final, seremos George y, sobre todo, yo, los que criemos a ese niño. Podrás ver a esa criatura siempre que quieras, tanto si estás con ella como si no. Pero que esa no sea la causa de tu desgracia.

—Él no es la causa de mi desgracia.

—¿Qué pasará cuando Jenna se case con otro? ¿Cuando tenga los hijos de otro? —Aprieto la mandíbula y la madre de Jenna sonríe—. No podrás soportarlo. Y es lo que ocurrirá si sigues con esto.

Hace una pausa y me contempla con cariño.

—Sé que tú te harías cargo del niño, que lo sacarías adelante aunque estuvieras solo. Pero no tengo esa fe en Ainara. Sabes tan bien como yo que, elijas el camino que elijas, ese pequeño vivirá bajo mi cuidado.

—Pero podría...

—Tal vez podrías estar con él si tuvieras tu casa y os lo llevarais a ella... periodos largos. Jenna no es como Ainara y sé que querría a ese niño, aunque sea el hijo que has tenido con su hermana. Conozco a Jenna, aunque a veces me ha costado entenderla, pero en esto estoy convencida de que tengo razón.

—No sé qué hacer.

—Dime, ¿cómo ves el futuro?

—Ainara quiere vivir aquí, que vendamos mi casa... Sí, puede que en todo lo que me está diciendo tenga razón, pero si yo estoy casado con Ainara y le doy mi protección...

—Robert, se la vas a dar igual.

—No soy como mi padre, no me desentiendo de mis hijos...

—Pero amas a Jenna.

—Más que a nada en el mundo —admito al fin ante ella.

—No eres como tu padre, Robert. Eres mejor —dice mirando a Nora.

—Me gustaría poder irme con Jenna..., pero soy responsable y no puedo irme sin mirar atrás, sin pensar en ese niño... Aunque acabara criándolo usted, ¿no se merece un padre?

—Eres muy bueno, Robert. No es una decisión fácil.

—No, no podré soportar ver a Jenna con otro, ni que tenga los hijos de otro... eso me mataría un poco cada día. Pero tampoco soportaría ver a mi hijo triste porque yo fui un egoísta. Sé lo que es quedarse horas esperando a que tu padre venga, que tu padre cambie...

—Lo siento, Robert.

—¿La amas? —Ambos miramos a Ainara, que viene hacia nosotros. Ya se le nota el embarazo—. ¿Quieres a mi hermana? Lo he escuchado todo y... yo no sabía que tú y Jenna...

—Lo siento, Ainara..., me enamoré de tu hermana mientras cuidaba de Nora.

—Por eso Jenna se fue.

Miro a Ainara y asiento. Me sorprende que esté dolida, pensaba que no le importaba.

—Perdóname...

—No, perdóname tú a mí..., si lo hubiera sabido...

Ainara toma aire y luego mira a su madre.

—Os desobedecí. Seguí viéndome con Alan mientras estaba con Robert y este es el resultado —comenta posando la mano en su barriga. No entiendo nada y, al mirarla, veo las lágrimas caer por sus mejillas—. Él solo quería mi dinero..., como me advertisteis..., y se fue... Me dejó sola, me asusté y pensé que si convencía a Robert de que era el padre... mi pequeño también tendría un buen padre, como lo ha sido siempre George para mí.

Me paso la mano por el pelo, incrédulo.

—¿Crees acaso que cuando te dijimos que Alan no era buena persona, que no era de fiar, lo hacíamos por tu mal?

—No. Por eso también me asustaba decirnos que os mentí cuando os aseguré que lo

había dejado, pues además de confesar que os había desobedecido, sería reconocer que... —Me mira—. Solo estaba contigo porque eras la clase de persona que mi padre podía admirar. Lo siento, yo no..., yo creía que si me quedaba embarazada de Alan, no lo perdería... Pero él no quiere saber nada de su hijo. Por eso pagué a mi ginecólogo para que falsificara los resultados de las pruebas; ya me inventaría algo cuando llegara el noveno mes y no naciera todavía... No sabía qué hacer...

—Ainara, ¿te das cuenta de lo que has hecho? ¿Pensabas, de verdad, que tu padre y yo te daríamos de lado por esto?

—Sí..., yo... Lo siento. —Se recompone y deja de parecer triste y desolada. Su madre se acerca a ella y la abraza.

—Nos haremos cargo del bebé. Y de ti. Lo sabes, Ainara, es hora de que empieces a aceptar a tu familia.

—Perdona, Robert. No me había dado cuenta de que Jenna y tú os queríais. Si no... Lo sé, nunca he sido la mejor hermana para ella, pero ¿qué puedo decir en mi defensa? La envidiaba. A pesar de estar triste, a pesar de las críticas, ella siempre era capaz de sonreír y de salir adelante. Yo odiaba no ser aceptada, ella simplemente lo aceptaba. Odiaba que fuera más fuerte que yo. Pero no le deseo ningún mal..., somos hermanas.

—Curiosa forma de demostrarlo —comento al fin. Ainara alza los hombros—. ¿Dónde está Jenna?

—Va a realizar una exposición de arte —me dice su padre saliendo al jardín—. Un entendido en arte vino a mi despacho y, al ver sus cuadros, se interesó mucho por la artista, y Jenna ha accedido a enseñarlos. Me dijo que entre todos le habíamos hecho ver que no tenía por qué esconderlos. La exposición se llama «Sol».

Me da la dirección.

—Deja a Nora aquí. La cuidaremos hasta que volváis, porque no pensamos dejarte entrar en esta casa hasta que lo hagáis juntos —bromea George. Luego va hacia Ainara, la mira serio unos segundos y por fin la abraza—. Pequeña, siempre cuidaremos de ti, y ahora también de tu hijo. Siento que hayas tenido que sufrir para darte cuenta de que Alan no era para ti.

—Lo siento, papá. Lo siento mucho.

Tras despedirme de ellos y de Nora, cojo el coche para ir a buscar a Jenna, esperando que me perdone y aún más que no me haya olvidado. Me invade la duda de si al marcharse, al estar más tiempo con Matt, no se habrá dado cuenta de que lo quería. Temo que le pase como a su madre, que al final acabó casada con su mejor amigo y no con quien creía amar.

\* \* \*

Entro en la galería. No sé si seré capaz de encontrarla entre tanta gente, por lo que me dirijo a un guarda de seguridad y le pregunto por la exposición de Jenna.

—No se inaugura hasta dentro de dos días.

—Quiero ver a su creadora. ¿Está aquí?

—Sí, estaba por la sala dando los últimos retoques.

El hombre me mira con una sonrisa de oreja a oreja, no sé por qué.

—Tengo que hablar con ella.

—Claro, supongo que te estará esperando para saber si la obra está acabada. —Me vuelve a sonreír con guasa y me deja pasar. Entro sin entender lo que me ha dicho y sin ganas de quedarme para preguntarle a qué se refiere.

Una vez en la sala donde expondrá Jenna, observo las paredes blancas decoradas con sus cuadros. Reconozco enseguida sus lienzos, su pincelada, su espíritu. La busco por la sala pero no la veo, y me inquieto al pensar que tal vez se haya ido y el guarda no la ha visto marcharse. Estoy a punto de irme cuando me fijo en un pasillo oscuro y unas luces intensas iluminando el final del mismo. Me dirijo a él y entonces la veo... y me veo. Me quedo asombrado. En el lienzo salgo yo iluminado por el sol, mirándola, y sé que es un momento robado de nuestra primera noche juntos. Me sorprende ver mi mirada, cargada de amor hacia ella, y me pregunto si ella me dedicará ahora la misma mirada que me regaló en aquel amanecer.

La veo de espaldas retocando una parte de mi pecho. Lleva una bata blanca y sus dos habituales coletas. Me acerco a ella y extendiendo una mano para posarla en su hombro, pero me quedo a medio camino.

—Jenna...

Ella se tensa y mira al cuadro, como si mi voz hubiera salido de él.

—No es una alucinación, soy yo de verdad —comento sonriente.

Jenna se gira y me mira con sus intensos ojos verdes. Tiene varias motas de pintura en su rostro.

—Robert..., ¿qué haces aquí? —Se mantiene alerta y agacha la mirada, pero ya me he percatado del dolor que pretendía que no viera en sus ojos.

—He venido a por ti.

—¿A por mí? ¿Le ha pasado algo a Nora? —pregunta preocupada y niego con la cabeza.

—No, está bien, la he dejado con tus padres.

—Y con Ainara...

—No lo creo, sinceramente, pero es posible.

—¿Y qué has venido a hacer aquí? ¿Te ha molestado que te use de modelo? Si es eso, lo quito...

—No, no me ha molestado. Ni siquiera lo sabía. He venido a verte a ti, y ha sido una sorpresa descubrir por qué has llamado «Sol» a la exposición.

—Por ti, pero eso da igual...

—No da igual. —Cojo su barbilla y la obligo a mirarme, pero ella cierra los párpados —. Mírame, Jenna.

—No puedo, me duele hacerlo...

—¿Te duele porque aún me sigues mirando igual que lo hiciste aquel amanecer? — Ella sabe a qué amanecer me refiero y asiente. Sonrío sintiéndome dichoso—. Pues entonces abre los ojos y empieza a acostumbrarte, Jenna, porque pienso mirarte de la misma manera cada amanecer de nuestras vidas.

Jenna abre los ojos sorprendida y, sin poder contenerme más, la beso. Me deleito en sus labios, y ella poco a poco va desprendiéndose de las razones para no besarme y se deja llevar.

—¿Y Ainara? No podría soportar perderte otra vez..., tu hijo...

—No es mío, Jenna. —Le cuento toda la historia. Jenna escucha asombrada—. Siento que mi responsabilidad para con ese niño me hiciera quedarme allí.

—No esperaba menos de ti. Por eso me fui, porque sabía que tú te sacrificarías y no permitirías que ese niño creciera sin padre, como te pasó a ti...

—Nadie me conoce como tú. Pero todo ha cambiado.

—No me lo puedo creer. —Sonrío y la beso para que sus últimos resquicios de dudas desaparezcan—. ¿Y ahora?

—Ahora vamos a recoger a Nora y luego invitaremos a todos a que vengan a tu exposición. Y luego... —Me agacho y le susurro al oído lo que deseo hacer con ella y Jenna se ríe, sonrojada.

—Te amo, Robert.

—Y yo a ti.

—Nora me llamó mamá.

—Lo sé. Es lo que siempre has sido para ella desde que te vio. Ella fue la más lista de los tres, lo vio antes que nadie.

Jenna se ríe de nuevo y le doy la mano para ir a por Nora, decidido a no dejarla marchar nunca más. Pues sin ella, mi vida carece de colores. Ella es la pintura que ha dado luz a los lugares oscuros de mi existencia.

# EPÍLOGO

## JENNA

Observo a la gente que ha venido a la exposición. Mis amigas Laia, Dulce y Bianca están a mi lado con sus parejas. Ángel y Matt también han venido, al igual que mis padres y Ainara, que, aunque sigue igual que siempre, me dijo que se alegraba por mí. Y eso es mucho viniendo de ella. Tal vez con el tiempo lleguemos a estar más unidas, pero por ahora me conformo con saber que cuando supo que Robert me quería, confesó la verdad, y eso me hace pensar que, pese a todo, me quiere.

Miro a Robert hablar con Adair y, como si supiera que lo observo, me mira y me sonrío. Están cerca de su retrato y la gente ha empezado a preguntar su precio, pero ese cuadro no está en venta; ese es solo para mí.

A la gente le están gustando mis cuadros y ya han empezado a venderse. Yo aún sigo sin creerme que mi arte les guste y me siento rara, y feliz.

—No me puedo creer que tenga que trabajar con ese imbécil... —comenta Dulce.

—Es mi hermano —comenta Laia. Las miro sin entender a qué se refieren.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Que Ángel va a trabajar como corresponsal en mi comisaría y se ocupará de relatar en su periodicucho mis casos. Han considerado que soy buena compañera para él y ahora lo tendré que soportar todos los días en el trabajo. Lo único bueno es que a él tampoco le maravilla la idea; es un alivio saber que nos joderemos mutuamente —comenta enfadada.

—¿Cuándo vas a reconocer que te gusta? —pregunta Laia.

Todas miramos a Dulce expectantes.

—¡No pienso reconocer tal cosa! —responde indignada, pero sus ojos van hacia Ángel y dicen algo muy distinto—. Ya me dejó claro hace años la clase de persona que es. —Y tras decir esto se aleja.

—¿Nadie sabe aún qué pasó entre estos dos? —pregunto.

—No, y me muero por averiguarlo, pero no sueltan prenda ninguno de los dos —comenta Laia.

—Lo que está claro es que su historia no está tan acabada como ellos piensan —dice Bianca al mirar a Ángel, que está observando a Dulce disimuladamente mientras esta se abraza a Jon. No es más que un segundo, enseguida mira hacia otro lado, pero su cara de furia lo dice todo.

—Quizás un día descubramos su historia —digo.

—Es posible —me contesta Bianca tocándose la barriga. Ahora que todos sabemos de su estado, no hemos parado de cuidar de ella.

Robert se acerca a mí y me besa.

—¿Has escuchado la barbaridad que piden por mi cuadro?

—Sí, pero no lo vendo.

—Lo sé. Serás una gran artista. Este es tu bautizo —me besa.

—Siempre creíste en mí.

—Sí, y los bocetos que tengo guardados en mi despacho lo corroboran.

Me río y Robert me besa.

Le devuelvo el beso, feliz por tenerlo a mi lado y no temer que alguien nos separe.

\* \* \*

Aparco mi moto y me quito el casco. Robert me dijo que hoy no podía volver a casa hasta las nueve de la noche y me muero de curiosidad por saber qué es lo que me espera. Habría venido antes, pero mis padres saben lo que está tramando Robert y no me han dejado venir hasta ahora.

Hace un mes que vivimos juntos y cada día es mejor que el anterior. Mis cosas ya están en su casa. Mis padres nos dijeron al principio que íbamos demasiado rápido, pero no tardaron en entender que nosotros sentíamos que todo estaba bien así. La idea de no vivir con Robert y Nora me parece aterradora. Son mi familia y me gusta formar parte de la suya y estar cerca de Nora por si me necesita, y más ahora que no para de llamarme mamá. Ella no es consciente del gran regalo que me hace al quererme de esa forma.

Busco mis llaves mientras camino hacia la puerta, pero no las tengo —seguro que Robert me las ha quitado para evitar que cayera en la tentación de venir antes—, de modo que no me queda más remedio que tocar al timbre. Mientras espero que me abra, me fijo en que mis zapatillas tienen una mancha azul. La puerta se abre. Alzo la vista hacia Robert y mi mente evoca nuestro primer encuentro, cuando me abrió y me quedé prendada de él. Sonrío, me pongo de puntillas y paso mis brazos por su cuello para besarle.

—Esto es algo que deseé hacer la primera vez que te vi.

Le atrapo los labios y lo beso con todo el amor que siento. Me deleito en ellos y suspiro, feliz y enamorada.

—Si te soy sincero, yo también me sentí atraído por ti desde el primer momento.

—Y creías que eras un asaltacunas —Me río. Robert me mira con mala cara—. Venga, enséñame ya. Me muero de la intriga.

Robert tira de mí para que pase y me lleva hasta su despacho. Antes de entrar, me dice que cierre los ojos y, por si no lo hago, me los tapa con la mano. Se detiene tras abrir una puerta. Nora me dice mamá y se ríe feliz.

—Ya puedes abrirlos —dice quitando la mano de mi cara y, sin esperar más, abro los ojos.

Me quedo muda por el asombro. No sé qué decir. Observo mi alrededor con los ojos llenos de lágrimas. En lo que antes era el despacho de Robert, ahora están mis cuadros.

Todo mi estudio montado aquí. Robert lo ha colocado todo del mismo modo que lo tenía. Incluso al lado de Nora, que está en su carrito, está la pintura que tengo a medias, la de nuestra primera cita en aquel restaurante donde me llevó Robert, y al fondo, su cuadro de *Sol* que tenía para inspirarme y poder mirarlo cuando estuviera trabajando en mis pinturas.

—Ahora mi casa es de verdad también la tuya, pues tiene una gran parte de ti. Quiero que te sientes en tu casa.

—Ya me sentía así. —Me caen dos pesadas lágrimas de felicidad y me tiro a sus brazos. Robert me besa al tiempo que me seca las lágrimas. Lloro y río de felicidad—. Te quiero..., os quiero. Vosotros sois mi hogar.

Me siento tan dichosa que no tengo ganas de pensar qué pasará mañana, solo quiero disfrutar de este momento, sentir que por primera vez encajo en un lugar. Aunque nunca imaginé que ese lugar fuera junto al corazón de Robert, siempre esperé que se tratara de un lugar material. Ahora sé por qué nunca antes lo había encontrado... hasta que lo conocí.

## ROBERT

Estoy terminando de preparar la mesa cuando oigo llegar la moto de Jenna y solo entonces estoy tranquilo. No me gusta que viaje a la ciudad con su moto para ir a clases de pintura, pero no puedo evitar que lo haga, solo rezar para que esté bien.

Escucho la puerta abrirse, ansioso por ver su reacción ante lo que he preparado, la cual no tarda en llegar. En cuento entra en la casa, sus ojos van hacia los cientos de velas que hay por el salón y lo mira todo con esa felicidad transparente que ilumina su mirada. Creo que eso es lo que me enamoró de ella. Su transparencia. Su pasión y su capacidad para hacer que lo sencillo adquiera otro nivel.

Lo mira todo ilusionada y luego corre a mis brazos y la atrapo al vuelo. Me besa espontánea y me contagia su felicidad.

—¿Y Nora?

—Con sus padrinos, va a pasar la noche con ellos.

Me mira pilla, me río.

—¿Qué celebramos?

—Nada en especial. —La beso—. Solo que te quiero cada día más.

Jenna se emociona y me besa con todo el amor que siente. No me dice que ella también, pero no hace falta, pues Jenna, cuando ama, lo hace con el corazón puesto en cada cosa que hace. Por eso sus cuadros son un éxito, porque lo vuelca en cada pincelada. Ella es todo corazón y ha conquistado el de este niño que no sabía que estaba perdido hasta que la encontró a ella y supo que era la pieza que faltaba para completar su vida y tener de nuevo una familia.

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

### **Libros publicados en papel:**

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «[teregalounlibro.com](http://teregalounlibro.com)» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

**Más sobre ella:** <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

*«La única batalla que se pierde es la que se abandona»*

Y ella no piensa abandonar su sueño.

# Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

## Volumen V

*Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)*

*Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)*

## Volumen VI

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)*

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)*

## Volumen VII

*Mi error fue no ser yo misma. Parte I (05/07/16)*

*Mi error fue no ser yo misma. Parte II (16/07/16)*

## Volumen VIII

*Mi error fue tu promesa. Parte I (06/09/16)*

*Mi error fue tu promesa. Parte II (20/09/16)*

## Volumen IX

*Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (04/10/16)*

*Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (18/10/16)*

*Serie Mi error*

*Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana*

*Parte II*

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

Diseño de la portada: Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de portada: © Hrecheniuk Oleksii / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15271-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

[\*Mi error fue amar al príncipe. Parte I\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Mi error fue amar al príncipe. Parte II\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)\*](#)

Natalie Convers

[\*Ella es tu destino\*](#)

Megan Maxwell

[\*Heaven. El hilo rojo del destino\*](#)

Lucía Arca

[\*La suerte de encontrarte\*](#)

Helena Nieto

[\*La chica de los ojos turquesa\*](#)

Jonaira Campagnuolo

[\*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón\*](#)

Alexandra Roma

[\*Una canción bajo las estrellas\*](#)

Laura Morales

[\*Viaje hacia tu corazón\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Aura tira los tacones y echa a volar\*](#)

Alexandra Roma

[\*Suki Desu. Te quiero\*](#)

Kayla Leiz

[\*Tú eres mi vez\*](#)

Judith Priay

*El algoritmo del amor*

Diana Al Azem

*La magia de aquel día*

Clara Albori